



# PENSAMIENTO Y LIBERTAD

N  
Ú  
M  
E  
R  
O  
2



# CONVOCATORIA PARA COLABORAR CON *PENSAMIENTO Y LIBERTAD*



## Sobre la revista

*Pensamiento y Libertad* es una revista digital interactiva que tiene como objetivo difundir y dar visibilidad a la creatividad de los jóvenes que escriben literatura.

La interactividad consiste en enlazar los textos a una variedad de sitios externos que contengan archivos multimedia para mejorar y enriquecer la experiencia lectora. Dichos enlaces se encuentran en el título, el nombre del autor y dentro del texto; en este último se pueden distinguir por ser palabras de color **azul**.

## Secciones:

**Puro Verbo:** Narrativa (cuento, fanfic, crónica, etc).

**Punto Rar:** Reseñas (películas, series, libros, etc).

**Enterazo:** Poesía (pues eso...).

## Sitio Web:



Esta Revista es pública, ajena a cualquier partido político. Queda prohibido el uso para fines distintos a los establecidos en la Revista.

## Medio de envío:

### Enviar los textos al correo electrónico:

[pensamientoylibertadrevista@gmail.com](mailto:pensamientoylibertadrevista@gmail.com)

**Asunto del correo:** «Prepublicación»

seguido de la sección en la que se desea incluir el texto.

**Contenido del correo:** Nombre completo del autor y breve semblanza del mismo; archivo en formato doc o pdf.

### *Anexos (dentro del archivo y a través de notas al pie de la página):*

**1.** Enlace a alguna red social o sitio donde pueda leerse más material del autor.

**2.** Enlace a una canción, playlist, álbum o video que sirva de acompañamiento a la lectura del texto.

**3.** Enlace al producto cultural motivo del texto, en caso de las reseñas (opcional).

**4.** Si hay alguna referencia específica a cierto elemento, por ejemplo, de la cultura pop (o se desea añadir cualquier otro enlace dentro del texto) se puede agregar.

## Nota:

Si te interesa trabajar en cualquier área de la gestión editorial (administración de archivos/corrección de estilo/maquetación/ inserción de hipervínculos/portadas-arte/ gestión de la página web/gestión de redes sociales), envía un correo (ayuda).

**Corrección de estilo:**

Isaac Moncada  
Gabriela Herrera  
Fabián Recendez Martínez

**Publicidad y redes sociales:**

Patricia GC  
Anette Paulina Ayala Juárez  
Fabián Recendez Martínez

**Maquetación:**

Fabián Recendez Martínez

**Logotipo:**

Isaac Moncada

**Portadas:**

**Irina Tall (Novikova)**

**Idea original sobre la interactividad:**

DanGT

### **Recomendaciones:**

- De preferencia usar un ordenador.
- Si se descarga la revista, abrir los enlaces en una pestaña nueva.
- Si se usa un celular, configurar la página en modo de escritorio.
- Tanto en ordenador como en celular, usar el navegador **Brave**, ya que proporciona una mejor experiencia.

# SOBRE ESTE NÚMERO

Gabriela Herrera

---

Este, nuestro segundo número, reúne voces que arden y se transforman en poemas y pensamientos que se niegan al silencio. Cada palabra escrita es un diálogo abierto; y cada vínculo que pulses tiene el objetivo de llevarte a otra mirada, a otra historia. Aquí escribimos con las manos sucias de mundo y te invitamos a leer con la misma libertad: sin miedo a sentir. Esperamos que encuentres en estas páginas algo que te mueva y te acompañe para que lo disfrutes tanto como nosotros al hacerla.

# CONTENIDO

## ENTERAZO

- 01 [Que La Tortilla Se Vuelva  
[Adaptación] - Pabla del Cerro
- 02 MIENTRAS ESTAS MANOS  
LLORAN - Isaac Moncada
- 03 Mente - @Narciss
- 04 Varios poemas -  
Christian Alíed Morales
- 05 Tengo miedo de mí - Fabián  
Recendez Martínez
- 06 Varios poemas -  
Persefone

## 2. PUNTO RAR

- 01 Corina - Fabián Recendez  
Martínez
- 02 Frankenstein  
[Guillermo del Toro] - Mario Tbl

### 3. PURO VERBO

- 01 El cuerpo metálico de la noche -  
Sara Cecilia Andrade Becerra
- 02 La memoria de las cabras-  
Álvaro Lozano Gutiérrez
- 03 Caballero Buena Aurora es mi  
cantar - Alejandro Zapata Espinos
- 04 *Eureka* de Edgar Allan Poe -  
José Jesús Rodríguez Velázquez
- 05 Sol y Luna para Hilda y  
Malthus - Quiwi
- 06 De cómo nace un sol negro -  
Fabián Recendez Martínez



## 4. LA COMUNA (SEMBLANZAS DE LOS COLABORADORES)

# 01 ENTERAZO



# 01. Que La Tortilla Se Vuelva [Adaptación]

Pabla del Cerro

La hierba de los caminos  
la pisan botas de viejos,  
la hierba de los caminos,  
la pisan botas de viejos

Y a la trabajadora  
a pisan cuatro pendejos  
de esos que tienen de sobra  
Y a la trabajadora  
la pisan cuatro pendejos  
de esos que tienen de sobra.

¿Qué les hizo el aguacate  
durmiendo un sueño de calma?  
¿Qué les hizo el aguacate  
durmiendo un sueño de calma?

Y llega un narco de mierda  
y lo sube a una caja  
para vendérselo a Walmart  
Y llega un narco de mierda  
y lo sube a una caja  
para vendérselo a Walmart.

El Sigifredo Noriega  
se toma Ensures de fresa  
El Sigifredo Noriega  
se toma Ensures de fresa  
pues tiene al congreso pendiente  
durante las votaciones  
de cómo sus pedos huelan  
pues tiene al congreso pendiente  
durante las votaciones  
de cómo sus pedos suenan.

que un canadiense culero  
tala, derriba y escarba  
para llevárselo a Ontario  
que un canadiense culero  
tala, derriba y escarba  
para llevárselo a Ontario

Los señores de la mina  
se compraron una romana,  
Los señores de la mina  
se compraron una romana

pa' poder pesar la plata  
que todita la semana  
le roban al barretero,  
pa' poder pesar la plata  
que todita la semana  
le roban al barretero,

Con su letrina en la mano,  
está Rodrigo Murguerza.  
Con su letrina en la mano,  
está Rodrigo Murguerza.

pidiendo ácido oxálico,  
para lavar de su jeta  
toda su pinche vergüenza  
pidiendo ácido oxálico,  
para lavar de su jeta  
toda su pinche vergüenza

¿cuándo querrá el dios del  
cielo  
que la tortilla se vuelva?  
¿cuándo querrá el dios del  
cielo

que la tortilla se vuelva?  
¿que la tortilla se vuelva,  
que lxs pobres coman pan  
y lxs ricxs traguen mierda?  
¿que la tortilla se vuelva,  
que lxs pobres coman pan  
y lxs ricxs traguen mierda

# 02.<sup>1</sup> MIENTRAS ESTAS MANOS LLORAN

Isaac Moncada

el ojo de la castración vomita su terremoto en el milagro de las yemas  
incita la rebelión de los cadáveres nonatos  
la vialidad se preña con el canto de los gatos en celo  
son trazos inescapables  
    pero nadie gira su rostro  
los tranvías están huérfanos de inexistencia  
sus cuerpos sudan alcoholes y se desvisten en procesión silenciosa  
un santo entierro      a la vida eterna  
no hay caminos sin navajas  
y los brazos  
    corren  
        sin parar  
las amapolas sobre los óleos resuenan con pasos de acero  
    de lado a lado llueven eritrocitos en las banquetas  
    de lado helado a lado alado hay una flor que se deforma  
        y se eleva  
            alta  
                hasta la disentería  
desmorona el crucifijo  
    y se eleva más pura que la carne de los hijos de dios  
quien      bendito      nos impuso la tristeza en lo profano de las úlceras  
    llueven trozos y fragmentos      fragmentos  
                                de trincheras  
revienta la granada      y el viento canta con la estrella matutina  
  
    —dios  
        *aquí estoy*  
        *suplico por tu clemencia*  
    dios  
        *estoy maldito*  
        *perdido bajo tus ojos*  
    *aquí*  
        *borracho por tus caprichos*  
        *injertos en mi carne*

<sup>1</sup> Min. 2:30

*de ocaso*  
*solo*  
*entre tres paredes*  
*asfixiándome en la angustia*  
*discurrida*  
*por tus manos*

y qué voz responde al hecho                    ?  
en la iglesia no hay altares    en sus ídolos hay pirita  
son misterios de anémonas canonizadas  
    que parten sin hablar  
la tarde brilla concéntrica en sulfatos  
    sufragios de la noche  
las autopistas abortan un océano de vida  
    dismenorrea de mares ulcéricos que se deshacen en la penumbra  
    que diluyen la brevedad del leng t'ché a una sola mano  
el alma expurga su erotismo  
los cadáveres se entierran en los senos  
el vientre del mundo tiene tumores en sus antípodas  
    y las calles se prolongan      las cascadas se hacen canillas  
una caricia surge del suelo  
    y del sueño sin soñar

Mi mente está fracturada  
los recuerdos no son más que  
canciones viejas atascadas  
en lo más profundo de mi cráneo  
pequeños susurros de lo que  
alguna vez fueron imágenes  
completas y vívidas, muy reales  
muy mías  
muy propias  
Hay cosas que sí recuerdo, pero  
es difícil saber cuándo fue  
cómo  
quién  
porqué  
A veces creo reconocer rostros y  
fechas y lugares pero en realidad  
no lo sé con certeza, y me asusta  
un escalofrío me recorre la espalda  
cada que reconozco el olvido  
con tanta naturaleza, como si fuera  
parte de mí y de mi personalidad  
siendo muy vívido, muy mío y propio  
Pero siendo honesta, totalmente honesta  
hay cosas que quiero seguir olvidando  
mantenerlas ahí escondidas en  
algún lugar de mi cerebro, enterrarlas  
hasta que me sangren las manos  
Los recuerdos malos claro, son fáciles  
los buenos no tanto  
quiero conservarlos hasta el alma  
pero no puedo  
Porque mi mente es un caos, es una  
enmarañada consciencia que no  
siempre puede darme la verdad  
ni siquiera puede darme paz  
Los sueños son igual de confusos,

les llamo películas porque casi nunca  
soy la protagonista de esas historias  
y prefiero no serlo  
cuando sé que soy yo quien aparece  
como personaje estelar, algo malo  
sucede siempre; una muerte, un mal  
recuerdo, una canción de miedo, una  
horrible sensación me invade y se  
siente tan real...  
se siente real...  
se siente...  
Ah, creo que olvidé como se sienten  
las pesadillas que no me dejan dormir  
que traspasan la barrera y me asechan  
fuera del estado REM y se ríen de mí  
con tanta fuerza que parecen canciones  
Trato de mantenerme cuerda  
me repito lo que es real  
Mi nombre  
Mi edad  
De dónde soy  
Y quién soy  
Las pesadillas no son reales, no  
pueden hacerme daño y aún así  
aún así...  
Logro verlas  
Mirándome a través de mi ventana  
al final del pasillo o en el umbral de  
una puerta y en la esquina de...  
¿De dónde?  
Repito mi nombre  
Mi edad  
De dónde soy  
Y quién soy  
Todo parece aclararse por segundos

pero veo mi reflejo y está roto  
tan fragmentado  
como mi memoria  
No tengo idea cuándo fue que  
compré ese libro, ni cuando lo leí o  
siquiera sé cuánto tiempo ha pasado  
desde que en verdad me sentí humana  
desde que me vi a mi misma y creí  
reconocer el valor que tengo  
si es que tengo o logré tener  
No sé cuánto ha pasado  
la noción del tiempo es efímera  
así como la mayoría de mis recuerdos  
la amnesia disociativa ha hecho un  
trabajo espectacular, eso creo...  
eso creía...  
Pero ya no sé qué es real  
vivo con miedo a no saber si sigo soñando  
o en verdad todo esto es real  
quizá vivo engañada  
quizá las pesadillas si pueden alcanzarme  
y tan pronto como me descubran ellas  
me atraparán y entonces...  
ellas me harán...  
No sé qué harán.  
¿Qué hará quién?  
No recuerdo que soñé ayer...  
Repito mi nombre  
Mi edad  
De dónde vengo  
Y quién soy  
Pero nada parece funcionar porque  
logro escuchar voces de quienes  
se han ido y jamás volverán, no porque  
no deseen volver sino porque  
no pueden  
no deben  
pero las oigo y son reales  
sé que lo son pero nadie parece  
escuchar como yo lo hago  
no ven lo que veo  
no sueñan lo que yo

¿Quién soy?

Y ya no sé si soy real  
veo mis manos, mis ojos, mi cuerpo  
pero se siente irreal  
pesado y se hunde bajo el agua  
con los oídos ensordecidos  
flotando con impotencia  
Porque quiero nadar con todas  
mis fuerzas pero no puedo moverme  
cierro mis ojos e intento recordar  
pero no hay nada  
ni sensaciones  
ni imágenes  
canciones  
pesadillas  
fracturas  
voces  
Sólo un horrible vacío  
Y trato de repetirme lo que es real  
Mi nombre  
Mi edad  
De dónde s0+  
Y qui3&\* \$</  
Soy v4/3?;@  
Sí, soy ella  
Soy...



**Trazos primera sí**

Atúrdeme, arrójame, arráncame  
y luego  
Sal de la ventana en el preludio de gárgolas  
Donde los ojos faros  
revelen los instantes castigados en cajas  
negras

Cóseme, pégame, cuélgame  
y luego  
sin sorpresas  
trama el hurto  
con la retícula en la cerradura

Suéñame  
En las espinas de musgo en esa vena pulsa  
Dibuja peces  
Y suéltalos

**Subiendo por la Feca**

Desmesurades  
con los ojos abiertos  
Gritándole a mi generación sí vamos adelante  
Sí hay éxtasis al final del túnel  
Sí hay espinas que complacen  
Déjate ir e impacta tu cara  
En el concreto  
Se vuelve ilusión te dejas caer  
Se vuelve espejo si te ves en el camino  
Subiendo las escaleras  
Las de las letras se borraron las pintas  
Están los nombres a la izquierda  
Tapen el mural de los baños paro  
Lo del Estado en donde están los asustadores  
Impacten su cara hasta que les crean la blasfemia  
Arrojen las arterias  
Arrojen la bilis  
Pero no olviden  
Que la vasija fue arena  
Y que el viento se llevó al genio que seguimos  
esperando  
Desmesurades  
El camino circunscribe el principio y el fin  
No línea aburrida indigesta del principito  
Vamos adentro la flecha  
Que vibre cada puntiaguda  
Que remueva lo más profundo  
Cuando encaje la tierra  
Que abra la piel  
Y que se pudra la Historia  
Para ensoñar  
Mínimo.

# 05. <sup>1</sup>Tengo mmiedo de mí

Fabián Recendez Martínez

Atrapo los planetas  
palpo el origen  
incendio el polvo con un chasquido  
arrebato tus cicatrices  
empapo la cruz con mis anhelos (dios no existe y aun así no me perdona)  
obsequio mi cuerpo al caníbal que cuelga del árbol

Respiro el aliento de lo no acabable  
abarroto mis pulmones con avispas  
esnifo el rescoldo del olvido  
precipito las vibraciones del mutismo  
\*borde  
hago del viento una lira  
(hemorragia)  
incrusto tu palpito en mis tímpanos  
persigo la estela de tu silencio  
pronuncio cada espora de tu nombre

Por mi lengua desciende un abismo  
(engullo tus días)  
claudico en tus labios  
desaparezco en tu orgasmo  
naufrago entre resquicios de apnea

Atisbo las pupilas del amor  
refracción\luto

—tú(

en la orilla

)comatosa/embólica/costumbrista

Hogar/**-273.15°C**  
clava la saeta en el vudú  
7...  
3...  
8...  
8...  
...∞

((ósmosis))-?un sueño¿

frac//tura

[.0]'

**Elegía interrumpida**

¿quién decidió  
que mi hermano muerto  
no merecía ataúd?  
la calle fue su féretro,  
el asfalto su mortaja,  
el sol su verdugo.  
nadie lloró —  
porque el periódico  
dijo “delincuente”.  
pero yo escucho todavía  
el llanto de su sombra.

**Inventario de cuerpos**

cuerpos flotando en el río  
nadie los cuenta  
nadie los nombra  
nadie los reclama.  
pero en los despachos  
se cuentan cifras,  
se nombran estadísticas,  
se reclaman territorios.  
¿qué pesa más?  
¿un cadáver hinchado  
o un documento firmado?

**Para los invisibles**

he llorado a los ricos en televisión  
he llorado a los presidentes en funerales de Estado  
pero nunca vi una cámara  
filmar el entierro de los pobres  
de los sin papeles  
de los cuerpos que yacen en cunetas  
la lágrima oficial no es para ellos.

**Misa negra**

los huesos de los niños muertos en la guerra  
se alinean como velas  
pero nadie los enciende.  
el sacerdote repite oraciones  
sólo por los que “pertenecen”.  
¿Y los otros?  
¿los que no fueron nadie  
ni en vida ni en muerte?  
ellos escuchan el silencio,  
y el silencio arde.

**Clandestina**

yo escribo sobre ti  
aunque me prohíban.  
tu nombre no está en la lápida,  
tu nombre no está en la lista oficial,  
tu nombre no está en el registro.  
pero yo lo digo:  
tu nombre es grito,  
tu nombre es herida.

**El archivo vacío**

en la carpeta de desaparecidos  
faltan páginas,  
faltan fechas,  
faltan nombres.  
el Estado archiva su ausencia  
como si fuera basura

# 02 PUNTO RAR



*«Los cuatro puntos cardinales son tres:  
el Sur y el Norte».*

**–Vicente Huidobro.**

Respirar implica como primera consecuencia jadear en la liminalidad. El polvo se desintegra y con su último alarido articula un órgano, mismo que a través de una pantomima expulsa a otros de su especie y en un instante, o menos, se yergue un cuerpo, vivo: sérico. A partir de esa premisa se puede atisbar una realidad subterránea donde la tragedia es un infinito punto de retorno a un tiempo marchito.

Rene se erige como una arquitecta que diseña y construye un mundo para ella y su hija Corina. Es así que la concepción de mundo y de espacio adquiere un nuevo paradigma, expansivo y retroactivo; abstracto y material. En el caso de Corina, creció ya de por sí en un espacio limitado a propósito, con la astucia de un panóptico, diminuto en el aspecto material, pero inmenso en el abstracto; es decir, a pesar de su reducido tamaño sirve para maniobrar la vida de quien ahí reside, de manera que adquiere una expansión simbólica y dura. Su personalidad, sus hábitos, e incluso su identidad es un completo artificio: sólo conversa con su madre y sus libros, teme cualquier alteración mínima de su rutina, es altamente sensible a los estímulos externos, su caminata es lineal y no permite bifurcaciones y se recluye en un perpetuo ensimismamiento. Sin embargo, dado el incidente editorial del que es partícipe directa, Corina es obligada a ensamblar todas las piezas casi de cero, o por lo menos desde los escombros. Menos mal que su compañero de viaje es un ser empático y sensible, capaz de recrear en sí mismo un ritual (necesario para sobrellevar o mermar la sobrecarga de exterioridad) que hasta ese momento sólo se manifestaba en ella.

Corina editó sin que nadie se lo pida la última novela de la autora por excelencia dentro de la editorial en la que trabaja: su favorita, y, sobre todo, su compañera y residente íntima. Esta personaja convive en la lejanía y el olvido, donde no alcanza a llegar ni una morona de justicia. Razón por la cual concluye de forma tajante y trágica su saga literaria, aun cuando el resto de novelas se destacan por su positividad y su mensaje inspirador. Vivir, palpar, y ser uno con la tragedia. Pero a pesar de eso, ella decide quedarse a generar el cambio que le permite su realidad. Se trata de una intelectual al servicio de su pueblo; subterránea, sutil y silente.

La intromisión de Corina y el manuscrito “arreglado” (las editoriales no hacen libros, sino productos; tan es así que el cambio no aprobado por su autora es comprado y sobornado) es la fractura fortuita a su espacio, a su liminalidad; es el derrame sempiterno de su potencial, de sus sueños y de su vida: el acontecimiento.

Un filme que vale totalmente la pena (los que le pusieron menos de cuatro estrellas no le saben). Se nota en cada minúsculo detalle la dirección de una mujer, con una perspectiva crítica, audaz y feminista, donde la representación femenina es sublimada en cada trazo, en cada toma, en cada diálogo, y en cada sentimiento fugitivo.

# 02. Frankenstein

## [Guillermo del Toro]

Mariotbl

El nivel de detalle en la producción es sorprendente. A Guillermo no le importó que fuera a ser lanzada en Netflix (afortunadamente hubo estreno limitado en cines); él sabe que las películas quedan para la posteridad, y nuevamente entregó un trabajo, sin duda, con su estilo: gótico, romántico y sentimental, pero llevado al máximo, porque **la novela de Frankenstein** le queda como anillo al dedo.

Empezando por el trabajo actoral, Oscar Isaac está más que bien. No creo que esté sobreactuado; yo sí le creí que se estuviera muriendo por dentro de rabia y resentimiento. Jacob Elordi, obviamente, sobresale, porque sus trabajos más reconocidos son aquellos donde interpreta a hombres con ira que, en cualquier momento, van a explotar y aventar todo. Ahora, eso se puede ver un poco en su monstruo, pero con muchas más ramas en la interpretación, pues va desde lo sumiso a la liberación y la incompreensión. A través de su voz quebrada puedes sentir lo que él. El resultado me encantó. Si los Oscar fueran realmente serios, yo nominaría a Jacob a Mejor Actor, pero no va a ocurrir.

Quizás su monstruo no tiene un diseño icónico así de primeras como el de Boris Karloff; incluso pensé que estaba viendo a un ingeniero de Prometeo. Pero, conforme fue avanzando la película, me fue gustando más, y pues también el diseño final, ya con cabello y abrigo, mejoró para darle un aspecto de viajero que no consigue su lugar en el mundo. Me causa intriga qué hubiera sido el monstruo de Andrew Garfield si se hubiera concretado, pero no lo echo en falta ni nada, aunque también siento que hubiera funcionado.

Y por último, Mia Goth, ya que considero que ellos tres son los más importantes de la historia, aunque también el papá, pero ahora voy para allá. Ella es exactamente lo que se necesitaba para cerrar el círculo de un amor que no puede ser encontrado, pero que necesitaba ser visto. Aunque no tiene tantas apariciones, su paso por las escenas deja esa sensación de que es diferente a los demás, que está disconforme con lo que el destino le dio y que desea una vida de plenitud por encima del glamour.

Mención para Charles Dance, pues él es el papá de Victor Frankenstein, y él siempre está bien cuando le toca hacer de señor repelente, malhumorado y sabiendo.

En conclusión, el trabajo actoral es un gran manejo de dirección por parte de Guillermo con sus actores.

Hilando con lo del papá de Victor, toca hablar de la historia, la cual me fascinó, cuya base no te la deja de repetir en toda la cinta, pues los padres son parte fundamental de nuestro desarrollo como personas, y dependiendo de cómo nos eduquen, nos puede definir para toda la vida.

Desafortunadamente para Victor, le tocó un padre abusivo, dejándole marcas físicas y mentales, forjando a su hijo a su medida, cosa que terminó consiguiendo, pero dejando a Victor en un estado de autocomplacencia que nunca sería completada porque su padre murió cuando él era joven, y se quedó con las ideas que él quería para él, pero Victor nunca se puso a pensar si eso era lo que realmente quería.

Por eso, cuando finalmente logra su objetivo de conseguir regresar a la vida a una persona, ya no sabe a dónde más apuntar sus ambiciones. Pues consiguió todo, pero sin reconocimiento, sin nadie que lo pudiera ver. Ya cuando se da cuenta de que su gran logro salió "defectuoso", se convierte en un reflejo de su padre: perfeccionista, abusivo hacia su hijo, queriéndolo manejar a su manera. El primer error por el que se vería consumido más adelante.

La historia se ve contada también desde la perspectiva del monstruo. Esta, una vez más, repitiéndose, ya que su hijo es un marginado, primero encontrado por la violencia y después, por breves momentos, por la paz. En medio de esas irregularidades, encuentra a un señor que hace como esa figura paternal que no encontró en Victor. Igualmente, él tiene la curiosidad de por qué fue traído a este mundo. A la hora de averiguarlo, causa una profunda resonancia en él, lo que genera pensamientos confusos.

Para el tercer acto, esta falta de comunicación se vuelve en el juego del gato y el ratón, donde la confrontación del amor y el odio toma lugar de manera explosiva.

Casi me pierdo de la experiencia de verla en una sala de cine por las críticas mixtas que recibió al principio, y para mí eso fue algo desmotivante, la verdad. Pero recordé el caso de Babylon, donde los críticos odiaron esa película (por alguna razón) y que para mí se volvió de mis favoritas. Bueno, aquí pasó exactamente lo mismo. El punto es que siempre es bueno formarse una propia opinión, para no volverse un Victor Frankenstein de la sociedad.

# 03 PURO VERBO





# 01. El cuerpo metálico de la noche

## Pedro Páramo/Fulgor Sedano fanfiction<sup>1</sup>

Sara Cecilia Andrade Becerra

**Personajes:** Fulgor Sedano, Pedro Páramo, Damiana Cisneros, Susana San Juan, Personajes originales

**Etiquetas:** Estudio de personajes, Relación secreta, Amor no correspondido, Homofobia típica de la época, Realismo mágico, Vida después de la muerte

**Advertencias:** Audiencia madura

Cuando me mataron a balazos, en los surcos de la milpa de la Media Luna, nada más pensé en los ojos de mi patrón, Pedro Páramo.

Pobre hombre, pensé, mi ánima desprendiéndose de mi cuerpo, arremolinándose en el humo de Comala. ¿Ahora quién le va a arreglar sus asuntos?

Allá arriba, o acá abajo, quien sabe, pero ahí donde las cosas dejan de tener forma, me pareció ver mi vida doblándose en sí misma, como si fuera yo una pelota, un astro dando vueltas en sí mismo. Vaya, me dije. Si me hubieran dicho antes que esto de morir era repasar la vida de uno, mejor me hubiera ido con los villistas. Pero me tragué sus balas, menuda cena. Quizá eso sea lo que tenga: un empacho de plomo y pólvora. O quizá lo que tengo es esto otro: un remordimiento por las cosas que no hice en la vida, o peor, por las que hice, juntito con pegado a la estela luminosa de Pedro.

Mi madre me puso Fulgor porque eso fue lo que ella vio en los dolores de parto: Rayos y centellas, decía con su sonrisa manchada y plateada. Tenía un diente de acero, que le duró toda la vida, hasta cuando se murió y le quedó la boca media abierta y me dio la impresión de que lo único que se le movía era ese diente, reflejando la luz de las velas, como un charco de agua oscura.

Siguió con su tradición de ponernos a todos nosotros así, nombres de chispas, y como tuvo puras mujeres luego de mí, se le hizo más fácil. Amarilis, que se casó con uno del Rancho Grande y se fue. María Clara, que nació el día de Santa Clara de Asís. Mi hermana la más chica se llama Aurora. Hasta al gato le tocó de la brillantez de mi madre. Oropel se llamaba el mentado gato. Se le murió pronto, como si fuera un cuete nomás. Un ratito de luz en la tela negra de la noche y luego, una oscuridad más grande, contrastada con los fantasmas en la pupila.

Aprendí a leer y a escribir con el padre Mayoral y luego mi madre, que trabajó toda la vida como mucama en la Media Luna, me llevó con ella para comenzar a ser de uso al servicio de Don Mateo Páramo, el padre de Lucas Páramo, el abuelo del inexistente Pedro Páramo.

—Lo que sirve para la vida no se aprende en la escuela. Pero no por eso dejes de ir a misa. Ahí aprendes otro orden, un conocimiento superior para la vida.

En ese entonces, Lucas Páramo ya se me hacía grande como un viejo, aunque no nos llevábamos más de 10 años. Yo tendría once o doce y él ya estaba de novio con doña Sara Aldrete, la que sería su esposa.

<sup>1</sup>Mi amor por Fulgor Sedano se acrecentó gracias a la cara de [Hector Kotsifakis](#), actor que lo interpretó en la película de Pedro Páramo del año 2024.

Todos en la Media Luna me parecían muy grandes, como que sabían todo lo que yo ignoraba, que eran todas las cosas, salvo las letras y los números y los salmos que me había enseñado mi madre y el padre Mayoral. Así que, como estaba chico y flaco, me metía a todos lados, me escondía debajo de las ventanas y me ponía a escuchar. Quería aprender, como me había mandado a hacer mi madre. Pero quería aprender de todo, no sólo de la tierra y de los animales, sino de las cosas que hacen las personas que dividen el mundo. Me atraían, como si ellos fueran los fulgores y yo una palomilla, ligera y necia, golpeándome la cabeza en el cristal, esperando que un golpe decisivo fuera el que me hiciera entrar.

Mis correrías infantiles me las suspendía Silas Laguna, el entonces capataz de la Media Luna.

Me pescaba como si fuera un charal y me sacaba a majaderías y risas, para regresarme a mi charco de agua.

Me acordaba de esa cita en la Biblia, de Jesús pescador de hombres. Silas era pescador de niños, de criaturas escurridizas como yo. A esa edad me parecía que nos veía siempre, aunque no pudiera. A veces me iba de la milpa a la cocina y me escondía entre las faldas de las mujeres, para aprenderme las cosas que decían y como las decían y me parecía que sentía los ojos de Silas en la nuca.

—¿Qué andas molestando a los señores tú, chamaco metiche?

—Nomás ando oyendo.

—Lo que ocupas tú es no oír el tronido del chicote, porque entonces te va a ir mal, Fulgorcito.

Silas me enseñó todo lo que sabía y luego un poco más. O mucho más.

¿Cómo puedo decirlo? En esta esfera que es mi vida, no hay principio ni fin, no hay jerarquías. Todo me importa en la misma cantidad, todo me duele con la misma intensidad. A Silas lo conocí un par de años, antes de que lo mataran a golpes en el pueblo y que nadie y todos supieran quién y por qué, pero a mí siempre me pareció que lo había conocido toda la vida.

Fue más padre que el mío propio, que nomás lo conocía por las letras pintadas de su tumba y porque lo traía colgando siempre detrás, en las letras de mi apellido. Sedano y Silas se reía de mí, porque decía que sí parecía un sedano, verde y macizo, que me iba a echar junto con los ejotes al comal, para comerme en un taco.

Me gustaba eso de Silas. La disposición de su espíritu: nunca débil ni mezquino, pero siempre amable y de risa fácil, creciendo de su pecho como la hierba entre los maíces. Yo me dejaba deslumbrar por él y bajo su instrucción, todo el mundo me parecía deslumbrante, como si tamizado por su experiencia valiera algo este pueblo.

Comala le parecía verde y a mí también. Una llanura fresca, de aire caliente pero bondadoso, que mueve las espigas en remolinos dorados, fragantes. Comala es como una vela, me decía. Ilumina todos los caminos de las lomas, como los faros en el mar. Y yo decía, sí, Comala es una vela. O más tarde, cuando llegó la luz eléctrica, Comala es como foco. Lanzando sus rayos de luz dorada de manera oblicua, de aquí de este centro hasta las orillas de todo el mundo.

¿Qué es un pueblo para un niño? El mundo. Mi pelota de juegos, mi esfera llena de oropel. Durante mi juventud no conocí otra cosa más que el rumor de la tierra, sus caprichos verdes, sus sedanos fértiles apareciendo del suelo como dedos, el agua del cielo, las estrellas refulgentes, los bramidos de los animales, siguiendo un ciclo más corto que el de nosotros, como para enseñarnos todo lo que había que aprender, antes de que metamos la pata: nacer, aprender a caminar, aparearse y morir, de regreso a las entrañas polvosas de Comala, para resurgir de nuevo. Una bola de estambre deshaciéndose hacia abajo, o hacia arriba. Un nudo, un ojo que se abre y se cierra

—¿Que no tienes novia, Fulgor?

—No, no. No tengo tiempo para eso.

Silas se rió de mí como si estuviera echando mentiras, pero no eran mentiras. Era verdad. Con los años, me había hecho migas con todo mundo, sobre todo con Lucas Páramo, que me hablaba cuando él y su padre se sentaban a hablar de cuentas y deudas. «Si quieres aprender de nosotros, también tienes que estar atento a las cosas que no son tan buenas, Fulgor», me decía, con su voz quedita, como cansada. «Sí, señor», le respondía yo, y me quedaba de pie en la esquina, mientras sumaban y restaban pesos.

Don Mateo era muy meticuloso y le tenía mucho cariño a la Media Luna. Era todo para él y la cuidaba con celo y obsesión. No se iba un peso sin que él no se diera cuenta. Era como Silas, en ese aspecto también. La Media Luna siempre estaba llena de ojos más grandes que la hacienda, observando cada uno de sus movimientos de criatura viva.

A Lucas no le gustaba tanto estar acá. Él se la pasaba en la casa de Comala, donde había hecho hogar con Doña Sarita, que era una mujer igual de menudita que él. Parecían los dos estambres pálidos, trasijados, y en las fotos de su casamiento, sea lo de cada quien, salieron muy guapos, aunque flacos.

Mi madre y las demás mujeres de la cocina se lamentaban, «ay, los hubiéramos puesto a engordar antes de la boda, para que llenaran la foto con su felicidad».

Y yo, aprendía y aprendía, como una esponja con sed infinita. Así que pasaba la mañana en la milpa y la tarde en la casa y la noche se me hacía poca. No me fijaba en las muchachas, ni del pueblo, ni las de la hacienda.

Hacía como que no veía cuando encontraba los mozos con las manos metidas entre las faldas de las criadas y yo me acordaba de más niños, metido entre las faldas, pero sin ganas de saber qué ocurría dentro, sino con ganas de escuchar sus historias.

—¿Y luego? ¿No quieres tener una familia? ¿Una esposita que te haga de comer y un niño que te diga papá?

—No pienso en eso. Pienso en otras cosas.

—¿Y no te da curiosidad, Fulgor? ¿No te preguntas de vez en cuando que se sientan que te quieren? ¿Que te quiera una mujer?

Cuando cumplí 16, mi mamá me dio un beso y unos zapatos nuevos, y Silas y los muchachos nos tomamos una botella de aguardiente y nos pusimos borrachos. Eso también me lo enseñó él. El raspor del tequila, las cosquillas de los labios.

Me agarró cuando los demás se estaban quedando dormidos, entre canciones y asentimientos, «ey, nos vamos a ir a la ciudad a buscar la vida grande, no nos vamos a morir aquí, ey, vamos a ser más que nuestros padres».

—¿Quieres ser más que tu padre?

Me preguntó Silas, sentándome a su lado, muy junto, pegando su pierna con la mía. Yo veía a dos Silas, a cuatro Silas, y luego lo veía a él de nuevo, su cara quemada por el sol, el pelo negro de tinta, los ojos clareados, como si se hubieran despintado por el sol.

—Ya soy más que él. No lo conocí más que de historias y de su tumba en el panteón.

—¿Y no crees que se sienta triste por lo que vas a hacer?

—¿Y qué voy a hacer?

Aunque yo ya sabía qué iba a saber. La sonrisa de Silas me lo pintó clarito, como si estuviera escrito en el aire.

No me fijaba en las muchachas porque me fijaba en los mozos. Me fijaba en sus caras afiladas, en sus cuerpos de niños a punto de ser hombres, de sus manos, de sus pies fijos en la tierra caliente, de sus frentes bañadas en sudor, de sus labios secos y mordidos, de sus olores a todo, a lodo, a ceniza, a carne, como la que se queda en el asador mucho rato y se te mete en la nariz y se te pega en la ropa. Y yo ahí en medio, sin aire, con el corazón rebotando contra mis costillas, revolviendo el mundo.

Y aunque estaba borracho, me aprendí todo lo que me hizo Silas.

Como me besaba con toda la boca, acariciándome bonito por todos lados. Yo no le tenía miedo y él lo sabía. Pero lo que hacíamos nadie lo podía ver. Y ahora, ese dios de la Media Luna que era él, tenía los ojos cerrados, mientras me besaba y me metía las manos debajo de la camisa.

Me memoricé los pasos: los besos, las caricias, y luego los dedos curiosos, mojados de algo, de saliva caliente o de tequila para adormilar, abriéndose camino dentro de mí.

—¿Así te gusta, Fulgor? ¿No te gustan las mujeres porque tú quieres ser como ellas?

—No, no quiero ser ellas. Quiero ser yo.

Pero había algo de mujer en aquella voz que salía de mi boca, del placer líquido, espeso, como miel caliente, de chispas que me aparecían detrás de los ojos con cada golpeo que hacía Silas dentro de mí. Me acordé de los rayos y centellas de mi madre. Me acordé de que parir a un hijo se sentía así y pensé que había alguna relación entre esto que me hacía Silas y que yo recibía con mucho gusto y lo que las madres sufrían para expulsarnos a nosotros de sus panzas. Adentro y afuera, pensé. Dar y recibir, como decía nuestro señor. Un intercambio siempre. Un convertir una cosa en otra, en una economía sucinta de los cuerpos.

Silas me acostó en la paja de la caballeriza y me abrió del centro hacia las orillas, se clavó en mi carne e hizo llorar de dolor y de contento, mientras me agarraba fuerte de todas partes y me decía que hacía el ruido que hacen las muchachas cuando las desfloran, que yo era mejor que todas ellas, que debía guardar silencio, que me estaba convirtiendo en más que un hombre y una mujer: en un gusto.

Eso me dijo: que era un gustito, para meterme en su boca y saborearme hasta que me hiciera pedazos.

Y yo le decía que sí, con los ojos cerrados, la noche dentro de mí llena de chispas y mi cuerpo convirtiéndose en un montón de cosas, en la flama de una vela, en una estrella fugaz, en una fogata que crepita, que canta canciones sin palabras.

Lucas Páramo nunca le tuvo gusto a los bienes de la tierra que trabajó su padre y cuando Don Mateo murió, él se olvidó de los números y de las cuentas. Me dio el libro contable y me encargó que lo mantuviera actualizado, que él se iba para Comala, con su mujer, que ya estaba en cinta y le daba asco el olor de los animales. Se llevó a su madre y a un par de muchachas, así que me quedé solo con la Media Luna.

Iba de vez en cuando a Comala, pero mi vida siempre fue ahí, entre los maíces, los caballos y las risas suaves de Silas, que me quedaban pegadas las orejas, como una canción que tarareas, como un dicho que repites en silencio, como la oración de las señoras en misa, retumbando en sus paredes, lejos y cerca al mismo tiempo.

Yo iba y venía de la casa grande a la otra casa. Le decía. Le debemos a los Fregosos y los Guzmanes y él solamente decía, saca de la hacienda. Hasta que se acabó lo de la hacienda. Luego me daba de lo que él tenía en la casa, hasta que se acabó lo que había en la casa.

Se vaciaron las arcas de los Páramo en las fechas en las que nació Pedro.

No lo olvido porque dos días antes lo mataron a Silas.

Afuera de la cantina, a golpes y patadas, a gritos hechos en la noche, a vistas de nadie, a oídas de todos. Lo encontraron en un charco de sangre, ya oscura y dura. Lo enterramos tristes, pero sin poder buscar justicia, porque todos sabíamos lo que había hecho, lo que los demás hombres pensaban de él. Un desviado, un inmoral. Un pinche maricón.

«Nació Pedro muy muy en la mañana», eso me dijo Damiana Cisneros.

—Pobre de su madre, no durmió bien y el niño le vino apenas cantó el gallo. Como el lucero del alba. Pero ellos están más que contentos. Tantos años intentando tener un niño y por fin se les hizo el milagro.

Me asomé a la habitación para felicitar a los nuevos padres. La viuda de Don Mateo se mecía en su silla con el ceño fruncido, viendo al niño, mientras los delgados padres de Pedro veían a su hijo con la cara de dos enamorados, pero como si ese amor que se tenían ahora se fuera hacia su primogénito.

Damiana me agarró para que me acercara a ver al niño y Doña Sarita, oliendo a sangre y agua de mar, me lo enseñó cómo se enseña algo hermoso.

Me acuerdo que yo traía la tristeza atravesada en el cogote, como una espina, que por mucha agua que tomara no me la podía pasar y me hacía daño, me atoraba las cosas que quería decir, que no eran muchas e infinitas al mismo tiempo.

—Será un niño precioso, ¿no Fulgor?

—Sí, señora

—Y brillante, Fulgor. Bueno e inteligente.

—Sí, señora, el mejor de todos.

Y se lo dije mientras me caían las lágrimas de los ojos y yo nada más me las limpiaba, con vergüenza de que fuera a pensar la señora que le lloraba a su hijo, cuando lo que le lloraba era a Silas y a su cuerpo que me había aprendido tan bien, descomponiéndose en una fosa. Pensando en que quizá sí le estaba llorando a Pedro, un niño sin ningún pecado, ninguna memoria, ningún propósito, más que mamar de su madre y dormir en sus brazos, que había nacido él para llenar de luz la oscuridad de Silas. Porque eso es lo que pasa cuando uno ve algo bueno y brillante: te das cuenta de que eres malo y estás opaco.

Cual Fulgor ni que ocho cuartos, yo debí haberme llamado Deslustre, Suciedad, Abismo. Un abismo que llama a otros abismos. Yo debí haber compartido el destino de Silas, roto en cachos por pecador, depravado, por mentiroso. Por entrar a la iglesia muy afligido, quitándome el sombrero con un respeto inventado, por fingir no saber por qué lo habrían matado, por pretender que no tenía tiempo para muchachas, pero sí tenía tiempo para recibirlo en mi cuarto, a que me abriera en canal, como si yo fuera un surco en la milpa y él, el agua bendita del cielo.

—No llores, Fulgor. Ponte contento, es un día feliz.

—No lloro, Damiana. Estoy muy muy contento, ¿que no me ves?

Puras mentiras.

Cuando vives dentro de una casa no te das cuenta como se te viene abajo. La descomposición de las cosas las cubres con pegamento, la amarras con una soga, la cubres con una manta blanca, la juntas en una esquina a que guarde polvo. No, te parece tan nueva y radiante como el primer día que la viste y la Media Luna me pareció siempre hermosa, nunca ajada por los días.

Yo me quedaba ahí adentro, en sus tripas secas, y escuchaba las noticias que mi patrón que traía de Comala.

Aunque sobre todo me hablaba de Pedro.

—Me salió malo el muchacho. Se la pasa soñando, metido en el arroyo con la muchacha de Bartolomé San Juan. Nació taponado de fantasías, Fulgor, quizá las que su madre y yo nos inventábamos cuando pedíamos por su llegada.

—Todavía está chico. Déjelo que crezca un poco más.

—Ni para ayudar en la casa es bueno. No sé le pega nada. No como tú, Fulgor. Me acuerdo cómo eras. Metiéndote hasta por las ventanas para aprender.

—Me tomé a mal el consejo de mi madre, patrón.

—Mejor tomarse a mal el consejo que no hacer oídos, Fulgor. Ay, mi hijo, dios quiera que crezca de ese sopor.

Lo vi varias veces, pero como ve uno algo en el rabillo del ojo. Quizá lo vi corriendo por la calle principal, saltando las piedras como un saltamontes, detrás de una niña de cabellos de maíz, sus risas partiendo el aire caliente, pero no estoy seguro. O lo vi arriba en las lomas, a lo lejos, un puntito oscuro tal vez. Pero no sé, no lo recuerdo, no tengo en mí imágenes de su cara. Y a veces, mucho tiempo después, me daría lástima no haberlo procurado cuando niño.

Le decía que lo extrañaba, cuando lo tenía enfrente, y se reía de mí. «Fulgor, tú siempre con tus cosas de niño» y yo le decía que hablaba en serio.

Cuando murió Lucas Páramo, me dijo Damiana que Pedro no quiso salir de su cuarto ni para las misas ni para el funeral, que estaba acuartelado, a piedra y lodo y que nada más le aceptaba comida cada dos días.

Yo me quedé de administrador de la Media Luna. ¿Quién más si no? Yo, que me la conocía como nunca había conocido a una mujer y que los había sobrevivido a todos, con cincuenta años en el lomo, espinas y costras de tierra en las manos. Yo y la Media Luna. Me reía, a veces, cuando salía con los muchachos a la milpa. Si tuviera la oportunidad, le hubiera dicho a Silas y a mi madre que mi novia era la hacienda. Me hubieran tirado de a loco, pero habría sido la verdad.

Me la pasé años allí adentro, yo y ella, mi única amiga, mi único consuelo. Yo solo, dentro de mi esfera, mi pelota de aire quemado y con olor a pan recién hecho, a verde avinagrado, a barro mojado. La quería tanto y quería al mundo que veía desde ella, repleto de amor, lanzado como un cuete de fiesta a la textura de la noche, clareando el cielo un segundo, descubriendo el azul entre el negro.

Así sentía yo, con el chicote en la mano, el que había sido de Silas, con los zapatos en los pies, que me compraba cada día de mi cumpleaños, como había hecho mi madre, con todas las palabras de don Mateo y de don Lucas rebotándose en la cisma. Hecho yo de todas esas chispas que habían iluminado mi abismo. Fulgor no por mí, sino por los demás.

Y cuando fui con Pedro Páramo, a su casa en Comala, no esperaba nada de él. Yo, en mi certeza arrogante, creí que ese muchacho que tan malo le había salido a don Lucas no iba a deslumbrarme. Eso creía yo firmemente, que nada me iba a deslumbrar ya. «Ah, vaya. Qué tontos somos los viejos. Nunca nos damos cuenta de lo mucho que tenemos que aprender».

Lo vi en el patio de su casa, 20 años después de haberle llorado en el regazo a su madre. Estaba sentado en la orilla del pozo, en medio de la casa, como un lucero. El lucero del alba. Así le había dicho Damiana.

Le dije que las cosas andaban mal, que no había dinero, que le debíamos a todos, que la Media Luna, dejada así, se iba a secar sin remedio.

Pedro me miró y a mí me pareció que tenía los ojos raros, como de petróleo. Negros, pero reflejando todos los colores que nos rodeaban: el verde de sus árboles, el azul plomizo del cielo, el claro de su camisa, y yo mismo, como un fulgorcito pegado en la pupila. Ojos de mucha profundidad. Ojos de esos que te ven como si te atravesaran, que cuando te ves de vuelta te sientes descompensado, un paso en falso y te caes de puro hocico ahí adentro.

—Siéntate, Fulgor.

Y me señaló a su lado.

—Me quedo de pie, Pedro.

—Como tú quieras, pero no se te olvidé el “don”.

Vaya, ¿quién se cree este muchacho que es? Pero comenzó a preguntarme que a quién le debíamos, no cuánto. Me mandó a pedir la mano de Dolores Preciado, a encargarme de Toribio Aldrete, me dijo, sin encorvarse, sin que el bigote le temblara, que la tierra no tenía divisiones, que lo de él era todo y que yo, si quería, iba a ser su administrador. No de la Media Luna, de él, de sus deseos.

Lo dijo todo con la seguridad de los hombres que saben cómo van a salir las cosas y que si no, las obligarán a torcerse como ellos quieran.

Me quedé muy quieto, observando sus ojos de mancha, decirme lo mucho que quería a Doloritas, lo malo que había sido su padre al impedirle casarse con ella, lo bonita que era ella y sus ojos, sobre todo. Que fuera y se lo dijera, que fuera a la iglesia con el padre Rentería, que en teniendo se le iba a dar. Y que de Aldrete, ni le pensara, que la tierra era nuestra. Y la Media Luna entera, y la tierra de Enmedio también, y todo el camino hasta Comala, sus calles y sus casas, sus gentes y sus fantasmas

Me recorrió un escalofrío, como si hubiera entrado frío a la casa.

—Don Pedro, palabra que me está gustando tratar con usted.

Y Don Pedro me sonrió. Una sonrisa de muchacho, mal practicada. Le sonreí yo de vuelta, y yo supuse que con sinceridad.

Quién sabe. Ahora que lo veo de vuelta, pienso que los dos no éramos capaces de decir o mostrar lo que revoloteaba en nuestros pechos. O quizá ni siquiera sabíamos cómo.

Pedro se casó con Dolores y yo maté a Toribio Aldrete.

Vendimos unos terrenos, le sacamos dinero a los Preciado y pagamos las deudas.

Luego, como liberado de las cadenas del pasado, comenzó a matarlos a todos. A los que él creía que habían sido lo que habían matado a su padre. Y yo, que me había hecho administrador de sus deseos, me encargaba de recibir a los huérfanos y las viudas, para ofrecerles litros de maíz en falta de sus familiares. Al padre Rentería le echábamos monedas en las manos para que los enterrara y les diera su bendición para que sus almas llegaran al cielo y eso fuera todo.

Todo pasaba por él. Las ideas de Pedro las escuchaba él primero. Todas las dudas y peticiones. Y le daba ese privilegio para que se las resolviera, no nada más por ser su confidente. Si quería saber quién eran esos que llegaban al pueblo, si necesitaba más enseres para la casa, si había que traer esto o aquello, si había que calmarle los humos a estos o aquellos.

Verme a mí, era ver a Pedro. Su mano derecha, separada de su cuerpo. Verme a mí era esperar, o una ganancia mal habida o una mentira que había creerse. Nada muy diferente a lo que era yo. Con Pedro, yo me potencié. Lucero del alba y yo, lucero de la noche. Estrellas y la luna gordota, pegada en el horror del abismo, existiendo nomás porque en el día brilla el sol. Fulgor, Don Fulgor, además. Brillando entre las chispas de una luz verdadera, de un hombre que sabía serlo.

—¿Sabes qué fue de los San Juan?

—Lo que dicen los que vienen de fuera. Que Bartolomé San Juan se fue para hacer vida lejos de Comala. Luego de que la mujer se le murió de tisis, sin medicina ni nadie que la cuidara, me dijeron que se había prometido nunca ser un pobre diablo. Era tu vecino, ¿no, Don Pedro?

—Sí. Siempre fue un viejo raro. Nunca me dio buena espina.

—Pues qué bueno que se fue. Esa gente que nada más piensa en el dinero se hace mala. Se les pudre todo adentro, hasta a su familia le harían daño por unas monedas.

—Estate atento a cualquier noticia que tengas de ellos, Fulgor.

—¿Quiere que indague a dónde se metieron?

Estábamos en su oficina, de noche. Números, palabras, promesas y deseos. Ojalá que creciera el maíz, yo pensaba. Había caído buena agua. El olor de la tierra húmeda me hacía sonreír. Si pudiera, me alimentaría de ese aroma nada más.

Pedro me había servido tequila y me estaba calentando todo, de la boca hasta los pies fríos.

Lo vi temblar, cuando le pregunté que si quería que me fuera a buscar a Bartolomé San Juan. Yo ya me adelantaba a sus peticiones, porque me había aprendido la manera en la que decía las cosas. Cuando estábamos en un tema y saltaba a otro de repente, ya sabía yo que tenía que averiguar cómo darle lo que decía entre líneas.

Pero me sorprendió cuando cerró los ojos y negó con la cabeza. Se tomó el tequila y se quedó viendo detrás de mí, como si estuviera viendo a alguien. Me dieron escalofríos también.

—No, Fulgor. Nomás escucha y cuando sepas algo, me dices.

—Así será.

—Y tú, Fulgor, ¿nunca te casaste?

Otro salto de tema. Otro escalofrío.

—No, Don Pedro. Yo casado, casado con la Media Luna. Una mujer es, al fin y al cabo, con sus caprichos y necesidades. De esposas no tengo tiempo.

—Fulgor, de repente dices cosas. Creo que no te das cuenta de las cosas que dices, de cómo eres.

Y soltó una carcajada, sincera, me pareció. Hecha para cubrir una herida en el aire, para sanear algo antes de que se rompiera. Los ojos de petróleo le brillaron y yo me quedé sentado, medio borracho, entumecido del corazón.

—Yo soy como soy, nada más y nada menos.

—Así es, Fulgor. Y nadie se da cuenta, pero yo sí. Desde ese día que me dijiste que se te achicopoló el corazón para pedirle dinero a Doloritas, ¿te acuerdas? Ella me contó que le habías dicho que lo importante para casarse era el amor. Y yo no te dije nada sobre amor. Te dije sobre querer.

—Don Pedro.

—Ya vete a dormir, Fulgor. Mañana le seguimos.

—Si usted me lo permite.

Me quedé sentado en la orilla de la cama, asfixiado de todo y cuando Pedro tocó la puerta, me quedé un segundo viéndola, preguntándome si podía fingir que me había quedado dormido.

Tocó la puerta una vez antes de que yo fuera a abrirle.

Volví a sentirme como un niño, así como me había dicho. Emocionado, sudoroso de las palmas. Qué tonto. Yo, con mis cincuenta y muchos años. Un viejo, casado con la tierra misma. Curtido por el aire encendido de Comala y convertido en un asesino de insatisfacciones para Pedro, que me miraba ahora, entre las sombras y los listones amarillos de la luz de su vela.



- Nadie se puede enterar de esto.
- ¿Y quiénes?
- No sé. La gente de allá afuera.
- Esa gente no existe, Fulgor. Sólo tú y yo.

Esta vez, yo ya sabía qué hacer. Yo tenía qué enseñarle a Pedro como se hacía entre dos hombres, como era casi lo mismo, sólo que había guardar silencio, para que ni las paredes de mi cuarto se enteraran del pecado.

La boca de Pedro me supo a algo dulce y amargo, como a miel con semillas de limón.

Me quiso aventar a la cama, como hacía con sus muchachas, pero yo lo senté en la cama, para instruirlo como se hace a un niño en la escuela. Caliente en mi mano, duro y suave, como un golpe mal dado. Las yemas de los dedos chocando apenas con la cara de un ingrato.

Pedro me limpió el sudor de la frente, mientras me lo llevaba a la boca y me dijo algo en un susurro que no entendí o no quise entender. Estaba yo hecho de puras centellas, de luces de bengala. Era lo que escuchaba en ese momento: estática de radio, lluvia sobre un tejabán, los cantos de los grillos. La respiración de Pedro, cada vez más acelerada, su mano en mi frente, como un padre dando la extremaunción.

Antes de derramarse en mi boca, Pedro me levantó y me quitó la ropa.

Me acosté sobre la cama y le dije, como en secreto, lo que tenía qué hacer. «Aquí, con cuidado, a tus tiempos, Don Pedro, no me duele. Si tú sientes bien, yo también. Si quieres hacerme daño, hazlo». Lo que tú quieras, soy un surco en la tierra y tú la lluvia. Soy un pozo sin agua y tú la luz del sol. Si me clavas, no sangro. Si me cortas, sólo saldrán luciérnagas.

Me tomó como sabía que tomaba a las muchachas de la casa, pero a diferencia de Silas, no me dijo que parecía una. Se quedó callado, obediente a mis indicaciones.

Se vació en susurros siseantes, como culebra de agua. Se quedó encima de mí, como el mediodía cuando te muerde el cuello y se fue cuando clareó el día, lucero del alba. Y yo cuando me levanté para ir a ver las milpas, no dejé de sentir sus dedos en la frente, como cruz de Miércoles de Ceniza, diciéndole al mundo entero que me había convertido en el consuelo de su carne encanijada.

Lo mujeriego, como una herencia funesta, se lo quedó Miguel Páramo, así que si alguien echó en falta las acciones de su padre, el hijo se las apropió como si siempre hubiera sido suyas.

En todo caso, las muchachas de la hacienda y de la casa andaban más tranquilas, cantaban en las mañanas, se reían entre ellas cuando veían a Pedro bajar de su caballo. Se les había olvidado ya lo que era despertarse a medianoche y dejar entrar a su patrón. Y a Miguel le gustaban más las muchachas de afuera, que eran más trabajosas de liar, pero se las echaba bajo el cinturón, fueran santas, vírgenes o niñas, con que fueran mujeres.

Pedro tocaba mi puerta y yo le abría.

Y me tocaba y me tocaba, y yo abría todo lo que él demandara: puertas, ventanas, cofres, manos y bocas. Yo era la Media Luna, al fin y al cabo, y él era mi dueño legítimo y si quería plantar en mí cualquier semilla, mis entrañas estaban fértiles para él, mojadas de sangre, repletas de chispas, de hierbas, sedanos gustosos.

Me daba la impresión de que comenzaba a ablandarse. La edad, tal vez. O que ya no tenía por qué ocultarme nada.

Se quedaba en mi cama, apretado a mi espalda y en la nuca me susurraba sobre Susana. Yo escuchaba su nombre y pensaba en culebras de aguas, siseantes, corriendo lejos, mujeres de piernas largas, lejos de las manos de Pedro. Podría tenerlas a todas. Pedirme que fuera por ellas, que las metiera en su cama. Lo haría y él lo sabía. Pero de Susana nunca me decía nada, sólo me contaba de ella, de lo que hacían en el río, de cómo corrían en las lomas, con el papalote surcando el aire encima de sus cabezas, agüero de algo bueno.

Y cuando me hablaba de ella, su boca pegada a mi piel, a mí no se me ocurría decirle nada. No era una voz de orden. Era diferente. Una invocación, un deseo ancho, del tamaño del pueblo, de toda su topografía extendida, Cielo, Tierra e Infierno, que nadie más que él podía hacerse realidad. Yo solamente era su recipiente. Yo sólo era ese pozo al que hablaba, como para darle forma a sus pensamientos.

Susana es la mujer más hermosa del mundo. Susana es la mujer de mi vida. Todo esto es para Susana. Cuando Susana se fue, cuando Susana regrese. Susana, susurro, sutura. Susana me coserá esta herida, Fulgor. Susana regresará y estará completo y feliz y nada más me habrá de faltar.

Y yo le decía que sí, agarrándolo de las manos y abrazándome a mí mismo, como si fuera mi sarape, como si fuera una piel de oso y yo tuviera mucho frío, o estuviera caminando por esos picos de nieves perpetuas por las que Pedro se imaginaba que corría Susana, lejos de él, lejos de la cama que compartíamos.

Sí, Pedro, todo esto es suyo, cuando regrese, cuando la hagas tu esposa, cuando te des tus hijos, los tuyos, que vivan para siempre. No te preocupes por mí, Fulgor, fugaz, funda, tú funda, Pedro. Métete dentro de mí, hierro incandescente. Echa tus balas de salva en mi abismo. Guárdate aquí en tu huacal hasta que sea tiempo de que salgas a refulgir, hasta que te fugues del calor de mi cama, te vayas con Susana-sutura. Si pudiera, yo me hacía tu mujer, si pudiera yo te daba tus hijos y me convertía no solo en tu mano derecha, sino la izquierda, las dos piernas, la panza, los ojos de oropel.

Hasta que esta bola que es la vida se deshaga.

La gente me pedía a mí, en lugar de pedirle a él que les podía dar.

Damiana me decía que era porque yo podía convencerlo.

—No te has dado cuenta, Fulgor, pero eres el que le calma el fuego que le crepita dentro. El otro día casi mata al Tilcuat y sus amigos. Tú lo convenciste de que eran buenos, que podían hacer alianza.

—Pues fue la mera verdad, Damiana. Mejor amigos que enemigos.

—Sigues de ciego, Fulgor. ¿Eres o te haces?

—Yo no soy más que lo que soy, Damianita. Y ya.

El que me dijo a la cara lo que era, mucho después, ya cuando Pedro nomás me tocaba la frente con sus dedos de consagración, fue Miguel Páramo.

Me miraba con su cara de niño crecido, la misma que le vi a su padre ese día en el pozo de su casa, cuando me escogió como administrador de sus deseos. La sonrisa de Miguel Páramo estaba torcida por la pendencia. Sin fragilidad de no saber si una sonrisa era hecha para agradar o para ocultar las roturas.

—Eres un maricón, Fulgor, pero eso te lo digo aquí entre nos. Porque no andas como los jotos del pueblo. Eres más hombre que todos en este pueblo.

Cuando se mató en los caminos de Comala, a mí me hablaron los muchachos, porque para todos, yo era como el padre de Miguel.

Me fui con ellos a caballo y lo recogimos desbaratado de la barda que levantó Pedro de camino a Contla. Lo guardaron en una sábana, como si fuera itacate, y yo le aventé tierra a las piedras con el zapato, incapaz de voltear a ver a la neblina de más allá, porque me daba la impresión de que de ahí me veía Miguel, con sus ojos de rapaz, su sonrisa torcida.

Cuando llegamos a la Media Luna, Pedro estaba de pie en la puerta de su cuarto, buscando mi mirada. Estaba comenzando a encender su rabia y yo sentí en los dedos la necesidad de balas.

—¿Quién lo mató? —preguntó él.

—Nadie. Él solo buscó la muerte. Lo mató el caballo, Don Pedro.

Entre las flamas de los mecheros, la cara de Pedro me pareció hecha de sombras difusas. El reflejo que te da la tinta. No me pareció triste, pero sí emborronado. En la cara por fin le vi la mancha de su tristeza.

—Mañana matas a ese animal para que no esté sufriendo.

—Sí, Don Pedro.

—Gracias, Susana.

Lo dijo en murmullo ido y los muchachos me voltearon a ver y yo hice como que no había escuchado nada. Le puse un trapo oscuro en la cara a Miguel y me salí a las trojes de la milpa con el alazán del muchacho, la pistola de Pedro en la mano e hice tronar la mañana con el relincho de la culpa.

En la sangre del animal, mojando los surcos vi mi castigo. En las palabras de mi patrón, mi pecado. No había sido el padre de Miguel Páramo, pero hubiera querido ser su madre.

No quiero seguir viendo mi vida.

El aprendizaje es repetición, eso me decía el padre Mayoral. Por eso había que repetir y repetir el credo, hasta que se marcar en la frente y la lengua como una cicatriz. Sólo se aprende viendo, me decía mi madre, dientes de plata, metiéndome a las caballerizas, a las manos tibias de Silas. La Media Luna es tuya, Fulgor, apréndetelo, me decía Pedro, puros ojos, sin ropa ni botas. Sólo él, en mi oído.

Así como un cuete, o una llamarada, estoy hecho de chispas, de rayos y centellas, de las cosas que me han dicho los demás, de sus enseñanzas, de la forma en que pisaban la tierra. A veces cuando ando por la senda del arroyo hacia Estagua, encontraba semejanza entre mis pies y los de Silas. O cuando me sentaba frente a un deudor se me afiguraba que yo era Pedro. Cuando agarraba a Pedro entre mis brazos y lo arrullaba, para que se quedara dormido pensando en Susana San Juan, me sentía como mi madre, siempre cargando un niño de nombre luminoso, cantando una canción sobre desamores, sonriendo en color plata.

Me pregunto, incluso ahora, qué soy sin ellos o si más bien la cuestión es que todos somos un poco de todos, pegados codo con codo, rodilla con rodilla en un muégano de días y noches, sueños y rencores. Y si esa otra vida a la que vamos a ir todos no es más que un mitote de fiesta, un gentío de voces, una música lejana, que no se escucha en las orejas, sino el hueso de la cabeza, como un frase dicha y repetida, aprendida de tanto mascarla en la boca. «Esa gente no existe, Fulgor. Sólo tú y yo.»

El Tilcuate y yo nos metimos a la boca de la mina, donde Bartolomé San Juan nos recibió con la cara toda pintada de negro y un mechero azulado en la mano. Nos vio como si estuviera viendo fantasmas.

—¿Ya encontraste tu oro, San Juan?

—Aves de mal agüero. Lárguense de aquí. Nunca le voy a dar nada a Pedro Páramo. Ese hombre es la maldad pura. Primero muerto que dejarle a mi hija.

—Qué casualidad. Mire, que aquí venimos a cumplirle sus deseos.

Al Tilcuate le gustaba mucho hacerlos sufrir antes de remacharlos. Yo lo agarré del cuello, mientras gritaba cosas de hombre que piensa que así se escapa a la muerte. El Tilcuate le quitó la lámpara de la mano y la aventó al agujero que se abría debajo. Nunca escuchamos cuando impactó contra el suelo. Quizá no había suelo, nomás oscuridad.

—Ándale, San Juan, para que te ilumines a dónde vas.

Y lo aventamos entre los dos, escuchando el grito de Bartolomé hasta que se hizo fino, como el polvo del suelo de la mina y hasta que nos acostumbramos a la negrura y nos vimos a nosotros mismos, asomados a un lugar que ni siquiera nos podíamos imaginar.

Yo era el único que sabía que esto significaba que entre Pedro y Susana, que había llegado a la Media Luna unas semanas atrás, ya no había impedimento de nada. O impedimento legal. Susana era viuda y huérfana. Pedro podía hacer lo que quisiera con ella. Pero la mujer había llegado como deshuesada. Desalmada, tal vez. Revuelta de adentro, llena de agua de mar.

No reconocía a Pedro. No dormía en las noches. Pedro me mandó a desaparecer a Bartolomé San Juan y yo pensé también que con eso todo se iría a resolver. Eso era lo que quería. Porque toda la vida, lo que él deseaba era mi deseo también.

—Vete a decirle a don Pedro que ya está lo de Bartolomé.

—¿Y tú, Fulgor?

—Aquí me quedo un rato. Nomás para cerciorarme de que no vuelva nadie de entre las sombras.

Entre el estruendo de los revolucionarios y la sequía de la milpa, nunca tuve tiempo para ver a Susana San Juan.

No quería. Me hacía el que me hablaba la virgen. A mí no me ocupaban allá de todos modos. Pedro y su nana Justina se deshacían por ella. A veces iba el padre Rentería o el doctor de la ciudad y yo me quitaba de pendientes. La cuidaban en cuerpo y espíritu. Y yo era el único que quedaba para preocuparse del cuerpo y el espíritu de la Media Luna.

Damiana me pidió algo, una noche. Que si la ayudaba con el pozo, que si sabía qué tenía la estufa de leña. Algo, no recuerdo. Tampoco recuerdo haberme resistido cuando escuchamos los gemidos de pájaro de la señora de mi patrón y Justina me pidió agua caliente.

Yo me quedé pegado en la pared, sintiéndome grandote y viejo, mientras las veía a ellas quitándole las sábanas mojadas del cuerpo flaco de Susana, le daban de tomar agua de azahar, le sobaban los brazos como se le soba el hocico a un perro que nace muy chico, para que no se muera.

Se salieron ellas con prisas que no entendí y me quedé con Susana. Solos los dos. Los dos muertos de miedo, llenos de murmullos que ninguno podía escuchar del otro.

Me volteó a ver, luego de un rato. Estaba muy pálida, tenía el cabello del color de las hojas secas del maíz, los ojos azules muy claros. Todo eso ya lo sabía yo de ella. Pedro me lo había dicho una y otra vez. Es la mujer más hermosa del mundo, Fulgor. Todo esto es para ella.

—Fulgor Sedano. Te pareces a la noche.

—No me parezco a nada, señora. Soy un hombre, nada más.

—Sí. Eres como una bala, como un cañón. Hueco por dentro, lleno de pólvora. ¿Qué se siente?

—¿Ser una bala?

Ser amado por Pedro Páramo.

Me acerqué a donde estaba ella. Con la luz de la vela, no sabía si se estaba burlando de mí o no. Me entró un rencor que no era mío. O quizá, uno que siempre había sido mío y al que nunca le había hecho caso.

—A mí no me ama. Eres tú, Susana, siempre has sido tú. Los demás somos meros sustitutos. No hay nada de Pedro para los demás. Ni para sus hijos, ni para la tierra.

Susana negó con la cabeza y cerró los ojos.

—No tengo nada de él más que un recuerdo de aire, que podría ser cualquier otro. Y tú estás todo chamuscado por su fuego. Yo he sido mujer de otros y tú solo has sido mujer de él.

—Estás loca, mujer.

—Y tú eres una escopeta surcando el cielo de noche. Eres los fuegos fatuos de la milpa y el agua culebreando la tierra seca. O eres una mano, Fulgor. La derecha. O eres un tañido de campana. O eres Susana San Juan. O eres la Media Luna, toda entera. Tu propio amor devuelto a ti mismo, Fulgor. Una bola de estambre, sin principio ni fin. Una esfera llena de oropel, rompiéndose contra las piedras.

Cuando Damiana regresó a la habitación, me volvió a encontrar como aquella vez que vi a Pedro en los brazos de su madre. Llorando desconsolado, como si estuviera triste de ver a la pobre Susana en esa condición, pero realmente llorando porque me había visto a mí mismo, entero, sin mentiras y sin sombras.

Pedro tocó a mi puerta, una noche antes de que me mataran.

Se sentó en el piso y pegó su frente fría en mi pierna y yo le acaricié el entrecejo como él había hecho conmigo años atrás.

—¿De qué sirve tanto amor, Fulgor? Si no soluciona nada. ¿Quién se lo queda? ¿A dónde se va?

—De regreso, señor. Tal vez.

—¿De regreso a dónde?

—De donde vino. De allá arriba donde vive el Santísimo. O de ahí adentro, Pedro, donde vives tú.

Pedro me volteó a ver, pero yo cerré los ojos antes de enfrentarme a sus ojos de petróleo, de todos los colores.

—Ya duérmete, Fulgor. Mañana tienes que abrir los surcos.

—Sí usted me lo permite, señor. Mañana los abro para usted.

## 02. La memoria de las cabras

Álvaro Lozano Gutiérrez

Aunque a primera vista podría confundirse con una fábula, lo cierto es que este escrito tiene más bien el carácter de informe. Si utilizamos un lenguaje o recursos tomados de otros contextos, es exclusivamente por lo ambiguo —por no decir esquivo— de su objeto de estudio: las cabras... o, siendo más exactos, la memoria de las cabras.

En principio, pensamos que estaban ahí... así, y sin más. Sólo rumiando pacientemente, viendo pasar los días sin esperar nada, entre el canto de los gallos y la puesta del sol. Y sí... en algún momento, verlas calladas y solitarias pudo levantar sospechas. Siempre observando, como si supieran algo que nosotros ignoramos; como si establecieran una hipótesis sobre el orden general del mundo, o simplemente callaran porque saben que la información es poder, pero también la vía más expedita para caer en el abismo.

Bien distintas son sus primas, las ovejas, que, como es sabido, siempre andan en rebaños y con la cabeza baja. Las ovejas, esos seres tan encantadores como útiles, prefieren la tranquilidad de lo inmóvil y la confianza de que el mundo a su alrededor es igual que ayer y será el mismo mañana... así en el orden infinito de los años.

Ciertamente, las ovejas son conservadoras. En sus relatos siempre hay un héroe que trae la libertad: esa que consiste en obedecer, civiliza la tierra y da leyes al paisaje que ahora es un idílico redil. En sus museos guardan vestigios de un pasado olvidable, cosas que evocan un tiempo —o más bien, un espacio intemporal— donde vagaban sin rumbo, a merced de los elementos y ante la amenaza continua de los lobos. También sus monumentos reflejan esa vocación de eternidad, con ovejas montando majestuosamente sobre caballos de guerra. Si bien se conserva esa atípica estatua de una oveja negra, es porque las ovejas bien pensantes —tan conservadoras como todas, pero que se destacan por siempre llevar la contraria— decidieron que la sociedad sería más tolerante y moderna si se recordaba cuando fueron menos modernas y tolerantes.

Pero, como dijimos, al hablar de las cabras nos referimos a otra cosa. Si pudiéramos definir a un ser por la mirada, o por la forma de observarlo, perfectamente afirmaríamos que las cabras están siempre alertas en esa calma pasmosa. Bien sabemos que es una calma aparente, pues es conocido de los lobos y los verdugos que no hay nada más difícil que domar a una cabra. Y es porque las cabras recuerdan todo: traen a la memoria las muertes selectivas y la sangre que se derrama todos los días para mantener contentos a los dueños del redil. Las cabras guardan la memoria en sus canciones, en la manera de andar y en las piedras donde duermen todas las noches. Las cabras saben quiénes son los lobos; los pintan en las paredes o los recuerdan en esa obstinación de guardar cosas rotas.

Las cabras tienen memoria... las cabras saben.

# 03. Caballero Buena Aurora es mi cantar

Alejandro Zapata Espinosa

Madrugados con el enfermito: el que se durmió en la sala hizo la fuerza hasta el taxi. Se agachó, cogiendo aire, y, sin camisa, nos despidió su jadeo. Briznaba: nada agradable para el insomnio o el cambuche ante el susto de un guardia o unos metidos cervecedores.

Manejó a su ritmo el taxista; nosotros, arrinconados, con la silla desarmada tallándome. Lo **acostaron** al abrir el celador y me dejaron afuera, esperando que me digan «Váyase». Mientras, le escribo a quien le importo dónde estoy; en parte, para darle a entender —cuando abra las lagañas— que yo hacía cosas durante su descanso: primero en la jugada, aunque estéril.

Saco el celular. Los del acopio se dañan el sueño por la ventanilla; los otros esperantes se meten en sacos o aferran las bufandas a la boca. Pongo **El faisán** a reproducir en la banca, para todos los salseros de las ambulancias: auxiliares y conductores, y los encamillados, urgentes de que les abran y los atiendan.

«Yo quiero cuando me muera...»: la alegría y la catástrofe. Hasta chistoso —se lo dije a un de los más whiskiento, y agregé «Podrá ser...»—, yo ajeno a la turbulencia y entonando: debieran seguirme las panaderías veinticuatro horas, los particulares equipos al norte, la señora de las aromáticas y los cigarrillos de arándano y menta. Enrumbarnos ahora, que no hay quién agrie ni perniciosos bastoncitos.

Miro mi barriga, bajo la vista al suelo y luego alzo la mirada a lo alto de un edificio; hago como si estuviera allí. **Jhony Pacheco** me da la bendición. Miro al hospital y, antes de que cierren la puerta, me tiro sin poder recordar un verso de obligada lectura.

Me puedo estar desangrando, pero que no se detengan las trompetas y los soneros, ni el «Faisanízate (me levanto a cumbanchar)», les diría a los paramédicos: llenando la ciudad de un sólo cuero, levantando bebés a lágrima o salvando pollitos; un temblor de congas para los convalecientes que, en sala de espera, buscan darle descanso al cuerpo en bancas de acero, frías de trasnocho.

# 04. *Eureka* de Edgar Allan Poe

José Jesús Rodríguez Velázquez

El libro de Edgar Allan Poe cayó como un rayo hecho por un fósforo, girando como un titánico Prometeo moderno que empuña las psicologías infernales de las máscaras alienígenas, en las que las masas inclinadas ante el terror de los mares plutónicos presenten que los soles negros entran en un proceso de hibernación, como sucede cada 6,666 millones de años en la risa de las mil formas destructoras, hechas en las profundidades desde el interior del torbellino materialista. Esto es como el espejo de la teoría del Big Bang Inverso en donde todos los finales de finales multiversales pasan en zeptosegundos que omniabarcen las legítimas eternidades. Cuando Poe se deslizó por los ríos sinfín de las muertes reprogramables, encontró en el pozo de los millones de muertes del Maelstrom la ubicación de las instrucciones de un nuevo orden global, en los planos arquitectónicos que requerían de la aprobación en el dato complejo militar-industrial. Descubrimos una red de espías adentro de las tribunas de todos los mares de la fortuna, bajo las luces de los halos de espejos de las sombras, en la elemental experiencia, en una fría mañana de mares glaciares; los polos de la tierra ya habían cambiado, la luna había sido robada por los ladrones de la insólita noche. El poeta caminaba por los senderos inexplorados de los avernos atómicos, investigando los crímenes de amor a la medianoche; el programa de la agenda de muertes reprogramables. Poe se movía adentro de los planisferios de los imperios de las estrellas, escribiendo sobre el nacimiento y la muerte de las estrellas en su famoso libro *Eureka*, en el cual se aproximó a los debates filosóficos de las brillantes mentes de la civilización helénica. Encontró en medio de las cavernas rupestres, de los inmortales cuánticos de Saturno, la capsula criogénica en la cual entró en la llegada que renunciaba al sueño de conquistar el mundo y se entregaba a las llamas del olvido, caminando de espaldas sobre la espera de los necronautas del sol forastero. En el Polo Norte de los teatros eternos de los avernos se dirigía con su bucle infinito; Poe traspasó la red monumental de transporte ártico entre las cadenas de montañas de la muerte con la máscara roja, que es una avenida de espadas de tiempo, que son montañas elevadas, cien veces más grandes que el Everest. A su paso le salió un visitante de los mares de las tinieblas de Plutón, traía la vestimenta del duodécimo planeta de Hercolobus; le mencionó de forma silenciosa: «siempre haz que quieran más». Para Poe, el mundo rodaba en las manos de los líderes mundiales y en los capítulos de un libro de lava infinito que contenía los cielos calcinados de la extinta Hiperbórea, escrito por los señuelos de Virgilio, además de otros tres libros del poeta latino que están en poder y custodia de los amos y señores del vaticano. Poe, como poeta que trataba de regresar al eterno retorno de los siglos clásicos, una profunda tristeza le invadía; sentía una afinidad especial con los ingenieros en electrónica cuántica que habían hecho la red de túneles, desde el milenio 890 hasta la entrada por los avernos, porque él había entrado en éstos, desdoblándose astralmente por hipotéticos e infinitos planos. Poe se trasformaba en nahual, como un cuervo que se desplaza por los cielos de la muerte y la regeneración de las cámaras de los cráneos abovedados del averno; cruzaba los cielos de los tribunales de la sonrisa de las galaxias extrañas y las cabelleras de los hoyos negros que vagaban por el exilio del auxilio inmortal del cosmos. Él ahí se acostaba para ser desintegrado mil millones de veces y sufrir de muertes reprogramables y reiniciables en cielos reciclables: el mundo para Poe. Sólo quería recibir su postre de medianoche acompañado de cábalas científicas hechas por los productos



de las teorías científicas para dar el salto cuántico en las sendas de los conocimientos. Liberó, junto con Lovecraft, a los humanos del Siglo XXI de la pandemia del azúcar hipnótico de la marca registrada «Azúcar Man», que, según los valores proporcionales de ingesta diaria recomendada, tenía 300 kilocalorías en diez kilos de menos calorías. Dentro de la criminalística de los servicios forenses buscaba en el Pathos de Táanatos para detener a los asesinos seriales que surgieron después de la Guerra México-Estados Unidos de América, pues se volvieron auténticos homicidas y violadores de los códigos penales de la Carta del Contrato de América para pertenecer a los grupos de poder de un grupo de hombres que dominan el mundo; son las manos ladronas del poderío de las casas editoriales que publicaban periódicamente los cuentos y las narraciones extraordinarias de Poe, pero la aguja del sistema de manipulación de la cátedra de psicología en los servicios de correspondencia había inscrito una serie de mensajes subliminales: espejos con reflejos antiguos de castillos de ideas que colonizan a la mente; la muerte se automatiza en los poemas hechos bajo los rojos avernos de los cielos de ceniza. Poe se encontraba mirando a Lovecraft sobre los céfiros de los horizontes, donde se veía que en el Altar de la Otra Iglesia de los Arcontes, los arcontes, las brujas y las plagas de demonios estaban bebiendo la sangre de los abortos de los monolitos ofrecidos a deidades antiguas e identidades alienígenas malignas, que vinieron desde los imperios ubicados más allá de las estrellas con la forma natural de los círculos euclidianos. La exhalación del aliento a muerte de los soles bajo juramento faraónico está coronando tan ilustre encuentro entre ambos poetas malditos; a lo lejos, las tropas del Infierno masacran a los custodios de las sociedades secretas, cortan sus cabezas para enseñarlas en las escaleras de los castillos rodeados por infinitos mares de lava y volcanes en erupción que calcinan los cielos inextinguibles de la Tecnomagia del verbo. Poe entregó a lo largo de su vida a más de 600 asesinos seriales como un espía del servicio secreto, aunque lo que no sabía es que algunos de estos asesinos seriales tenían todo cronometrado en una agenda de muertes reprogramables para silenciar a ciertos personajes que estaban en contra del Estado; pertenecían a cultos en torno a deidades alienígenas antiguas, sociedades secretas; grupos de poder que se habían asentado con poderío político y diplomático entre las naciones. En los céfiros del cielo, Plutón saluda a Saturno, mientras Poe cae en un lago de sangre escarlata. Por la mañana, su cadáver fue descubierto, cuando caía silenciosa y lentamente, porque lo habían asesinado, a plena luz del insólito día de la medianoche,, los arquitectos locos de los necronautas del sol forastero que se habían insertado como una realidad instalada hasta los confines de este ilustre tiempo de secretas agonías. Poe se desprendía como un boleto hacia los atómicos avernos; había pagado en el paralelo de la muerte de hielo. Su alma de nahual se convertía en un cuervo y viajaba más allá de los avernos para encontrarse con su divina amada. Escribir Eureka; comer un postre mientras Lovecraft escribía una poesía adentro de los abismos de los soles forasteros, con su alma siendo engullida por los torbellinos que hicieron los infinitos océanos de antimateria más allá de los cielos plutónicos.

# 05. Sol y Luna para Hilda y Malthus

Yacían los pétalos de una rosa en el suelo, pocos, el resto se escondía en la caja musical de su niñez. Hilda acariciaba la nueva flor a través de sus cortinas de tul. Debía estar agotada, pero no le llegaba el sueño y se aferraba a la tela tanto como a su deseo de ver al Santo. Olía el perfume de su anhelo, de la invitación ya una vez rechazada. Con los **ojos** fuertemente cerrados intentaba decir no a la resignación, pero el dolor calaba en su pecho como si ahí estuvieran las espinas que faltaban en el tallo. Quizás el Santo no correspondía a sus sentimientos, quizá no le amaba como ella creía. La delicadeza de sus labios y manos sobre su cuerpo podría tratarse de una ilusión. Quizás él no estaba listo para aceptarla y ella se había precipitado al borrarlo de su futuro. Estaba rodeada de afecto, pero la cara que la consolaba no era la de Malthus. Una lágrima solitaria fue iluminada por la luz neón del hotel al resbalar por sus pestañas. Entonces, tocaron la puerta y la copa que sostenía se estrelló contra el suelo. Era voz de hombre.

Hilda se apresuró hacia la puerta y abrió pensando que Cinturita aguardaba al otro lado, en su lugar, la muchacha se encontró con un par de iris café profundo, decididos y aterrados por igual.

—Santo— suspiró, después cerró la puerta con cuidado para no alertar a nadie. Se formaba en su rostro una sonrisa tan luminosa como las castañas del joven — ¡Viniste a verme!

Hilda rodeó el cuello de Malthus, abrazándolo, y todas las inseguridades volaron con la cálida brisa que entraba por la ventana. Ella expresó su felicidad en el tiempo justo que el cuerpo ya conocido estuvo entre sus brazos. Lo sintió temblando bajo sus inusuales prendas, aunque su mano firme la mantuvo cerca. Hilda acunó el rostro de Malthus con cariño para asegurarlo ahí con el amor que guardaba entre sus dedos.

“Quería ver cómo era tu casa” dijo Malthus con la mirada baja, probablemente apenado por hacerla esperar tanto, pero ella estaba colmada de dicha y con alegre tono lo hizo entrar. Lo primero que vio el fraile al levantar la cabeza fue un vestido blanco colgado a un lado del balcón. Imaginó la silueta de Hilda cubierta por el manto caminando hacia él en traje claro; las personas de Santana dos Ferros, que lo vieron crecer, acompañándolo; su madre sonriendo en la primera banca de la catedral con un pañuelo en la mano y su hermoso velo corto adornado con puntadas de hilo dorado. Su pobre madre, a quien prometió jamás volver a ver a Hilda, porque había dejado tan claro como el cristal que prefería morir antes que ver a su hijo darle el corazón a esa mujer.

Evitando que Malthus pudiera sentir la culpa invadirlo por completo, un ligero tirón logró que volteara hacia el tocador de madera. Hilda mencionó algo sobre sus perfumes, pero el joven se detuvo en su caja de música. Había un pequeño nicho de plata sobre la base, en el interior la imagen de una virgen en sencillez perlada. Malthus se sentó y al abrir el cajoncito revivió el olor de la rosa marchita junto a una linda melodía, su sonrisa se grabó en la mente de Hilda reemplazando los días de llanto después de quitar la primera flor. En su memoria quedaría registro de que el Santo había ido a su habitación el mismo día que lo invitó.

La meretriz acercó al Santo una botella de perfume francés para que pudiera olerlo, era el que más usaba y su favorito. Le regaló una gota para que pudiera tener una parte de ella en caso de extrañarla y él observó sus ojos de tormenta después de días en el cuarto de castigo.

—Nunca olvidé tu olor...

El tiempo que habían pasado separados, su piel abierta gracias al látigo y la tortura de saber que tenía dos hombres dispuestos a casarse con Hilda desapareció al instante. Se destruyó toda duda dejando solo un profundo placer por hacer feliz a la mujer que amaba.

—Muéstreme cómo te ves en ropas normales... Por favor, siempre he querido saber cómo sería si no fueras padre.

Con un miedo de niño, Malthus se quitó la larga gabardina descubriendo para Hilda su atuendo sencillo. Sin la sotana se veía a simple vista su cuerpo fuerte y daba la ilusión de haberse vuelto más alto. Ella sintió el latir acelerado de su corazón bajo las palmas.

—Qué pena... qué pena que no siempre es así.

—Hilda.

La muchacha había olvidado cómo se escuchaba su nombre en los labios de su sexo opuesto, en los labios de su amado. “Huracán, Huracán” era la manera en la que se dirigían a ella los dos comandantes, había arrobo en sus voces, pero le parecían palabras vacías. “Huracán” no le significaba nada. Todos la identificaban como Hilda Huracán excepto ella misma. Cuando el Santo pronunció su nombre con esa voz transparente y delicada las luces neón se apagaron y el papel tapiz cambió, su camión se convirtió en vestido elegante, la noche en la Zona Bohemia se trasladó a Río de Janeiro y en ese preciso momento fue solo Hilda.

Un par de suaves manos acariciaron la cara del fraile. Ella observó el rastro de barba y bigote, los labios lastimados que temblaban, esos lunares distribuidos sin cuidado por su cara y sus cejas imperfectas. Bajo el toque del huracán el Santo perdió su máscara divina dejando expuesta su apariencia común, esa hermosa fragilidad de hombre que Hilda besó con adoración y en ese preciado momento fue solo Malthus.

Más allá de las cuatro paredes, más allá de sus cuerpos amándose, no había nada.

Hilda se deshizo del sombrero y lo dejó con cuidado sobre la mesa cafetera. Malthus llevó las manos hasta la bufanda para dejarla en el mismo lugar. Sin prendas que cubrieran su rostro se sintió vulnerable, pero ella peinó su cabello desordenado con paciencia. Ahora el joven en lugar de contraerse buscó su tacto y sostuvo la mano amorosa para besarla con cuidado, probando su piel y llenándose los sentidos con su perfume. Cada vez que separaba sus labios para hacerlos descender por el brazo de Hilda, suspiraba incapaz de guardarse tan inmensa necesidad en el alma. Conforme se acercaba, ella pasaba los dedos con toque sutil por la nuca del joven. Lo observaba en su camino de ojos cerrados notando las ganas que Malthus tenía de llorar, parecía una despedida alargándose en la decadencia de la noche y ella no quería pensar en eso. Acariciaba el brazo que la sostenía por la cintura dejando que él sintiera su amor desbocado bajo los labios.

Poco a poco él quitó la bata delgada de Hilda, desanudando el listón para descubrir primero los hombros salpicados por pecas y que la tela se deslizara por sus brazos hacia el suelo. Los botones de la camisa de Malthus fueron desabrochados uno a uno mientras se dirigían lentamente a la cama.

Fue quitado el pantalón sin apuro, así como los zapatos. Tomándolo de la mano para guiar su cariño, ella se sentó y él se arrodilló a sus pies para quitarle las zapatillas. Malthus bebió de Hilda desde los talones hasta los muslos lento e inseguro, con temor o culpa. Esto sorprendió a la mujer que había tenido que sostener sus manos durante su primer encuentro para que supiera dónde debía tocarla, cómo. Era nuevo en eso de desear el cuerpo ajeno y aceptar las reacciones del suyo sin tacharlas de pecaminosas.

—Santo... no tienes que forzarte— dijo con gran afecto y preocupación iluminando su tono—.  
—Déjame hacerlo yo.

Pero él negó y le regaló una sonrisa de esas que solo él puede esbozar.

—Malthus, por favor, llámame Malthus. Tenías razón al decir que me haces sentir humano, desde que encontré tu zapato ya no me siento como un santo, nadie lo notó excepto por ti. Permíteme dejar de ser Santo mientras este a tu lado.

Hilda encontró en su expresión una honestidad inmensa y se inclinó para besar de nuevo sus labios. Sin separarse de él, ella se acostó contenta de ser aprisionada contra el colchón y de estar respirando el aroma del incienso que se había quedado impregnado en su piel.

Malthus tocó el busto de Hilda tal como le había mostrado aquella vez a los pies de la cruz en Santana dos Ferros, la tela era tan delgada que sintió el calor de su amada y suspiró. Besó cada marca, pasando por las clavículas, subiendo a la curvatura de su cuello.

Hilda tomó los bordes de la camiseta interior y la sacó procurando mantener a raya el deseo fogoso para no alejar al hombre. Le sonrió al encontrarse el gris con el café y sus uñas nacaradas recorrieron la espalda irregular. Notó marcas blancas trepar desde la mitad, por los omóplatos y hasta los hombros. La muchacha estudió el rostro de Malthus y su mirada huyó en todas direcciones al darse cuenta de lo que significaban esas heridas cicatrizadas. Pausó en el colgante de él y el suyo se sintió ardiente sobre su pecho. Su mejilla fue acariciada, la mano de Malthus limpió la tristeza de su rostro a pesar de tener sus propios ojos cristalizados. Ella resolvió en cuidar de cada estela con la mejilla sobre el corazón de su príncipe. Había una delicadeza inigualable en su toque, Hilda se colaba en los solitarios recuerdos del joven, tiraba lejos la disciplina y abrazaba su cuerpo colapsado.

Minutos después no había prenda alguna que los cubriera, tan solo permanecieron un par de cruces doradas colgando de sus cuellos. Dios fue testigo de las caricias apasionadas, el aliento febril que intercambiaban, la danza coordinada de sus caderas, la voz contenida para mantener su cariño sólo para ellos y bendijo en silencio la unión porque amar jamás sería traición a su culto como el mundo entero peroraba.



La sábana cubría de sus caderas hasta sus piernas enlazadas. Hilda, acostada de lado, abrazaba a Malthus de modo que su cabeza descansaba sobre el torso de ella. Él tenía los párpados cerrados, luchaba contra sus pensamientos, y se sujetaba a ella con sus brazos detrás de la espalda fina.

—Empecé a creer que no te vería de nuevo— comenzó en voz baja y amortiguada— pero la esperanza que me dio tu beso me mantuvo despierta aguardando a que llegaras.

—También creí que no te volvería a ver.

—¿Por qué cambiaste de opinión?

—No pude sacarte de mi cabeza sin importar mis esfuerzos— hizo una pausa larga—. Oré durante noches enteras, pero aún estabas ahí al cerrar los ojos, en la radio, en la boca de mis hermanos y, entonces, comencé a mirarte en todas partes.

—Sabías sobre las propuestas de matrimonio antes de que te lo dijera.

—Sí — confiesa avergonzado por su mentira— Al inicio pensé que era lo mejor. Serías feliz con alguien que haría lo que no puedo por ti y yo tendría que dejarte ir, sería capaz de permanecer fiel al Señor— Hubo una pausa y sus palabras temblaron antes de escucharse—. Traté de sobreponerme, pero imaginarte con alguien más es insoportable, despierta en mí una gran envidia, cada día que pasa soy más infeliz —el abrazo se apretó alrededor de la mujer—. Es cierto, soy egoísta— mordió su labio inferior para tener el valor de continuar—. Por favor, Hilda... no quiero que te cases.

—Huye conmigo.

—No puedo, todos esperan que sea Santo— Malthus salió de su escondite y miró la belleza de Hilda, él no sabía si reír o llorar. Su voz se quebró: — y, de verdad, amo a Dios.

—Pero yo sé que también me amas, Malthus, lo siento aquí— agarró la mano del joven y la colocó en el lugar donde florecía su vida—. Cuando me besas, cuando me abrazas, cuando me ves, puedo sentir que me amas— estaba sonriendo mientras se sentaba. Se inclinó hacia él, acostado, con la alegría alcanzado sus ojos—. Es imposible que Dios sea mezquino, seguro lo entiende, esto tiene que ser obra suya. Eres el único al que podría amar y eres el único que podría amarme.

Malthus se quedó callado y pensó en las veces que su madre le recordó la aparición de la Virgen cuando estaba en cinta, en los ángeles que le afirmaron que sería un Santo. No había razón por la que esa buena mujer le mintiera y su amor por ella era tan grande que era imposible para él pensar siquiera en la posibilidad de que fuera un delirio de su mente ¿Cuál era el plan de Dios? ¿Amar a Hilda y estar a su lado era su verdadera misión? ¿Eso lo haría Santo o estaba cayendo en la trampa del Demonio?

Las acciones de Hilda eran impulsivas y él podría describirla como terca, pero cuando le dijo que quería casarse no había rastro alguno de maldad. Malthus notó al instante la ilusión que la rodeaba al estar parada afuera de su casa, el dolor en sus acusaciones dichas con enfado y la sinceridad con la que se le confesaba cada vez, por eso le tenía miedo. Pero, después de presenciar su fragilidad, ¿cómo podría decir que Hilda era un demonio?

—Si me equivoco, dímelo ahora— continuó la mujer al ver a su amado dudar—. Dímelo y te dejaré ir.

El hombre sintió una profunda desesperación como la que martilleo en su alma cuando Hilda le prometió que jamás volvería a verla y se alejó de su casa con paso firme. Elevó su cuerpo apoyándose en uno de sus brazos y colocó su mano sobre la de ella.

—Te amo— débil y aireado antes de abrirse por la mitad para mostrarle sin reservas sus emociones—. Me hiciste ver mis flaquezas. Si no te hubiera conocido seguiría siendo un hombre soberbio. Acercaste mi corazón a las personas, me has enseñado más que cualquier otro.

Hilda posó la frente en el hombro de Malthus, sintiendo un millar de mariposas aleteando en su vientre. El joven le alisó con ternura sus cabellos, entendiendo, y ella tocó el dije de oro al pasar la mano por el torso contrario pensando que no había modo de que fuera más feliz de lo que estaba siendo esa noche.

En el aire cantaba el **perfume** floral de Hilda mezclándose con el dulzor avinagrado del sudor, extrañamente consolador. El silencio cómodo de un amor inmaculado arrullaba a los amantes, pero era necesario esperar antes de caer dormidos. Ella quería extender la compañía tanto como fuera posible, así que, después de cepillar la nariz en delicado gesto por la piel lastimada, abandonó la cama.

—Vamos, seguro deseas bañarte —cabello colocado detrás de la oreja—. No te preocupes, nadie se fija en la hora en la que se escucha el agua correr si es que alguien lo nota en primer lugar. La reacción automática de Malthus frente a cualquier cuestión de la carne era sentir remordimiento, un peso tirando desde su núcleo hasta el estómago, si estaba solo, lavarse ayudaba a mitigarlo. Sin embargo, ver a Hilda liberada de pudor alguno, confesarse y detonar su regocijo, sentirla enamorada de él, lo dejaba en una especie de trance que impedía ser alcanzado por cualquier pensamiento negativo. El encuentro no había dejado mancha que necesitara ser borrada, pero aceptó la invitación de la mujer por el capricho de estar con ella un poco más.

Hilda recogió la bata ligera del suelo y la vistió sin nada por debajo, a su vez, Malthus se cubrió con su ropa interior y la camisa sin abotonar recordando de paso la forma en la que Aramel se paseaba por el departamento que rentaba con Roberto.

Apenas la mujer le dijo que podía entrar al cuarto de baño, Malthus se quedó quieto con la mirada fija y confundida sobre la gran ventana circular, estaba seguro de que al lado del cuarto 304 había otro. Por la luz tenue que entraba pudo asumir que el espacio funcionaba de tragaluz.

—Da a una zona común de lavado, usualmente está cerrada, pero suelo hablar con Leonor y Divinea por ahí cuando nos encontramos. Solo se abre por este lado.

La voz era tan baja que se perdía en el murmullo de la ducha llenando la tina. Ella hizo un gesto con la mano que le indicaba acercarse y él así lo hizo. Ya comenzaba a sentirse el vapor caliente. A la brevedad entraron juntos. Contaban con espacio suficiente para mantener una distancia prudente, pero usaron de excusa el alcance del agua para quedarse cerca. En el momento que Malthus dio la espalda a Hilda para enjuagarse el rostro, la muchacha lo abrazó y dejó que sus labios besaran la blanquitud que no debería estar ahí. Notó que su amado se tensaba, mas permaneció así todavía unos segundos.

—Hay muchas cosas que no entiendo, puedes culpar a mi ignorancia y terquedad de ser humano —no quería pelear, él podía leerlo en la inseguridad de su discurso—: ¿Los santos deben amar sufriendo? ¿Por qué si han sido elegidos por Dios para hablar sobre el perdón tienen castigos tan crueles? ¿Sentir amor de hombre para ustedes es un pecado así de grande?

La angustia de Hilda se enredó en la garganta de Malthus dificultándole respirar y vaciló. En el exterior parecía ser un guía espiritual completamente seguro de la doctrina cristiana y de su hábito dominico, pero incluso él había dudado de Dios en el pasado, así como de las homilias castigadoras del Padre Nelson o la decisión de mantener a las camelias de Santana dos Ferros al otro lado del puente. Al pensar a profundidad sobre el accionar de las personas se daba cuenta de que pocas veces seguían las enseñanzas del Señor, odiaban y juzgaban porque estaban seguras de estar en lo correcto. .... Era consciente de que él había caído en esa trampa de la racionalización también y que había ignorado durante mucho tiempo las tareas de mayor importancia para los siervos de Dios: predicar desde el amor y la caridad.

—Recuerdo lo que me dijiste, deseas ser una persona común al menos por un instante, pero sólo por un momento ¿puedes responder mis dudas como un Santo?

El fraile volteó para responder a la muchacha, sus ojos café llenos de amabilidad y paciencia.

—No sé las respuestas, pensaba que sí, pero me he dado cuenta de que nunca lo entendí por completo. Pongo mi fe en la idea de que Dios quiere que seamos felices.

—¿Eres feliz así? —dijo Hilda refiriéndose a la mutilación, Malthus no dijo nada, así que continuó: —Yo no quiero que mi amor te haga daño. Me duele saber que estás sufriendo, jamás he querido que salieras herido ni siquiera cuando me escondía detrás de una fachada de ira.

—Lo sé. Ya no pienses en eso, también me duele verte sufrir— Malthus pasó los pulgares con cuidado sobre las mejillas húmedas descubriendo el brillo de los diamantes y las estrellas en los iris grises—. Me enseñaste a ser honesto y piadoso. Para mí estar cerca de Dios es mi bien y tú me ayudaste a estarlo, Hilda.

Ella no lo entendía del todo, pero le creyó y se sintió tranquila de nuevo. Intentar quitarle un buen hombre a Dios le traería pura desgracia, la condenaría al Infierno y no podría reencontrarse con su príncipe al morir. “Deseo que el Señor me lo comparta”, pensó. Atesorar el espacio que hizo el Santo para su amor terreno sin presionarlo debía ser lo que Dios deseaba, lo que le permitiría seguir amando. Además, Hilda en su vida había imaginado ser adorada por un Santo o suplir a Dios en su corazón, ella solamente quería ser correspondida y agradecía al Cielo cada momento que le era obsequiado junto a Malthus.

—Aunque no sé qué fue lo que hice además de aferrarme a ti.

Hilda volvía a sonreír, arrugó la nariz juguetonamente provocando una risa murmurada por parte de él. Se cerró la llave del agua y la mujer inclinó su rostro al notar la frente descubierta del contrario.

—¿Has pensado en cambiar de corte de cabello?

—Siempre lo he usado así— Malthus había negado con las comisuras de sus labios elevadas —¿por qué lo preguntas?

—Curiosidad— Hilda acomodó el cabello húmedo —. Me gusta como se ve al peinarlo hacia atrás.

—¿Te disgusta la manera en la que lo llevó usualmente?

—No —risa contenida —, también me gusta.

Salieron del baño una vez estuvieron secos y volvieron a la cama cubriéndose con la fina sábana. Él aplazaba la hora de partir, pensando en esperar a que ella se durmiera para regresar al convento. Latían en calma al unísono. Noches atrás habrían renegado de este sueño, sin embargo, el destino estaba echado y sus almas se habían buscado incesantemente para volverlo real. Ya no había motivos suficientes que los mantuvieran separados.

Hilda preguntó aquí y allá sobre su zapato, sobre el coro de niños que dirigía Malthus, sobre su amistad con Roberto. Él le contó que la zapatilla estuvo oculta en las entrañas de un libro, el día que la lanzó al mar únicamente para recuperarla de inmediato, la dicha que sintió cuando llegó a sus manos la carta que decía que su coro sonaba como los ángeles, habló sobre los Tres Mosqueteros de ——— Santana dos Ferros con quienes llegó a Belo Horizonte y también cómo, durante su niñez, ayudaban a su madre a preparar la mermelada de jabuticaba que tanto le gustaba cortando la leña. Antes de que pudieran darse cuenta, acurrucados por la conversación trivial, sus conciencias viajaron al reino de los sueños.

## 06. De cómo nace un sol negro

Fabián Recendez Martínez

Levito sobre las entrañas de una criatura sideral, con la ligereza de un delirio volátil que se dilata a la velocidad de la sombra y que abandona, con toda autenticidad, el nido gris y estridente que se le fue impuesto al nacer. Me diluyo en los rescoldos del veneno que aún logra exhalar la Sol Negro, misma que con anterioridad había hecho arder mis fibras nerviosas; había encendido cada uno de los anhelos, que se arrastraban cadavéricos entre los punzantes jardines de olvido; y, sobre todo, había acurrucado mi entera materialidad, aun con la perpetua hecatombe que azotaba sus profundidades. Empero, todas esas abstracciones no son, ya, más que errantes ventiscas que se muestran en el corazón de la memoria, sólo en ocasiones muy específicas y todavía indescifrables.

Todo apocalipsis tiene su origen en el adefesio que han idealizado como vida. Basta con esquivar la magia de Los Grandes Titiriteros, hasta conseguir que sus ojos rueden a través de su garganta y sus cuencas derramen la tragedia sobre el pretendido saltimbanqui. Así, ocurrió, pues, que el astro que suele manipular a sus ocho subordinados entró en crisis y quiso bajar a la Tierra. Pude apreciarlo con atención, porque tuvo lugar justo cuando —en un brote de paranoia, o quizá de mayor lucidez—, me arrojé de la punta de una torre de conducción eléctrica, y, de forma inesperada, algo me alcanzó. A mi costado un aro de luz violeta había reducido la velocidad de caída, y, cuando alcé la vista, atisé aquel acto. Primero, el astro extirpó una parte de sí y la congeló, para que ésta tomara su lugar: un espejo esférico que cumplía con todas las características superficiales de una réplica. Segundo, ejecutó desde adentro una serie de cortes que le dividieron en varias piezas del mismo tamaño, y, en homenaje a las flores de la helada primavera, se abrió y los precipitó, haciéndolos trepar los huecos del aire, integrarse y desintegrarse entre estallidos intermitentes, y, finalmente, fundirse en las venas del aro, que en ese momento reanudó la dinámica normal de la caída. Yo, como suicida principiante, no le di demasiada importancia y esperé el impacto contra la superficie empedrada. Sin embargo, cuando me di cuenta estaba recostado unos cuantos centímetros por encima de ésta. Me espabilé, analicé mi entorno y caí en cuenta de que estaba asediado por un campo de violetas, sólo acompañado de una figura, al parecer femenina, que danzaba en la lejanía. Vi su silueta oprimir el horizonte con su incandescencia, a la vez que recorría una cuerda que daba la impresión de estar atada de orilla a orilla de éste; multiplicándose como un eco de agonías prolépticas que rebotaban contra los vértices del tiempo. Duró tanto mi ensimismamiento sobre su parafernalia circense que obligó a que sus pupilas se encontraran con las mías, y, que, con un simple ademán de sus dedos, tirara de mí para postrarme encima de ese delgado objeto de tensión que mecía mis razonamientos hasta ahogarlos en la náusea. Se acercó a mí, colocó mi rostro en sus palmas y con su lengua pinchó mi sien dos veces; en la primera me incrustó su nombre, y, en la segunda, los pasos de la sombría danza que ejecutaba con serenidad. Fui su compañero de baile y juntos nos regocijamos ante el ritmo del silencio y los paisajes que el Inframundo proyectaba, con armonía, sólo para ella y para mí. Por vez primera tuve el presentimiento de que la mortandad no era lo suficientemente estrecha, y, por lo tanto, era capaz de desaparecer en los movimientos y la esencia de la Sol; a su vez, dama; y a su vez, flor. De haber estado bajo mi control habría prolongado tal evento hasta que mi cosmos se colara por el precipicio de la eternidad. Pero los hilos los tiraba ella, quien,



-nunciado algún seguidor de Lucifer al momento de caer, y que, hasta ese entonces, me eran desconocidos. Era capaz de soportar el absurdo estado de vigilia con tal de volver a morir en esa sucesión de frecuencias inaudibles, donde la materia era sometida a un sinfín de desnaturalizaciones hasta retornar a su forma original. Sin embargo, todo eso se vino abajo cuando la dama-astro apareció en la que sería la última de las pesadillas. La vi aparecer a lo lejos, encima del único árbol del lugar. En cuanto sus pies tocaron la copa, el árbol se consumió en un fuego violeta. Su temple revelaba un evidente desprecio, desde sus pupilas oscuras hasta su piel cárdena. La perdí de vista en un descuido, o, mejor dicho, un parpadeo, y la sentí reaparecer a mis espaldas. Se apresuró a cubrir mi cuerpo —como un posible gesto analéptico—, con su incandescencia, luego escupió en mis tímpanos un largo e infecto soliloquio: si no recuerdo mal era una fábula acerca de un fantasma que se aferraba a borrar su memoria cada vez que conocía a su amante, porque aseveraba que sólo de esa manera podría entregarse a ella, sin ninguna maldición que lo trastornara. Al concluir su interpretación, se apartó de mí, y reapareció flotando de cabeza, con su rostro frente al mío, y, de manera violenta, arrancó el suyo; pero debajo se hallaba otro más, uno que languidecía de ternura; sin embargo, ese también lo arrancó, y lo mismo hizo con los siguientes veinticuatro, hasta dejar al descubierto un estrecho abismo, que, al verse reflejado en mis pupilas, incrementó las revoluciones de mi desfallecido disco y lo sacó del coma en el que se había sumido. Se desaceleró mi respiración y entorpecieron mis movimientos. Al intentar liberar una palabra de mis labios sólo balbuceaba su nombre, una y otra vez. Y, como si estuviera esperando que de mis vísceras escaparan esas vibraciones, hizo un leve ademán y atravesó sus costillas, para despojarse de su propia trampa, singular por cambiar de forma según la expansión o contracción del infinito; la rodeó con sus palmas y la hizo estallar. Hecho esto, el vacío en su tórax comenzó a tragar con calma la vastedad de luz que la mantenía con vida. Poco a poco su cuerpo se oscureció y con ello el orbe se impregnó de grietas. Antes de desvanecerse, cuando aún poseía algo de vitalidad, quise recordar un porvenir que amenazaba con no llegar nunca, y extraje el último de sus alientos. Al recobrar el conocimiento me vi tirado a la mitad del colosal escenario de gases y polvo, en el que se dispersaba una pequeña escena de la mayor obra, que cualquier ente, vivo o no, pudiera atestiguar. Mi primer impulso fue buscar señales de la dama-astro, si es que quedaba algo de ella. No tardé mucho para advertir su presencia vertiginosa. Estaba claro que era ella, pero su apariencia había sido trastocada y contenía tanta oscuridad que se desbordaba sobre el resto de cuerpos circundantes. A su vez, la sensación que giraba dentro de mí también había magullada. Mi visión claudicaba, me sofocaba inhalar sus esporas, y, al escurrirse entre mi sangre, me provocaban parálisis. Quizá ella estuviese obsesionada con los bucles, las repeticiones y la simetría, puesto que al analizar lo que había quedado de mí, me percaté de que también mi tórax esbozaba un vacío; lo que facilitó el evento próximo. Mis vísceras aprovecharon que ya no había nada que los recluyera y huyeron de mi vientre. Sin embargo, su empresa fue interrumpida por los lamentos de ella, pues las desenredaron, y principiaron la construcción de una caverna chorreante a mi alrededor; clavaron una estaca que ocupó la concavidad vaciada y me dejaron en el centro; instalaron un trapecio que pendió del techo y encima de éste se empezó a columpiar su imagen desdibujada, con la misma fisionomía que cuando le vi transitar aquella cuerda —todavía atada a la lejanía—, y segar el planeta con su energía. En la situación presente, entre una acrobacia y otra, presumía de malabarear una procesión de mis llantos más prematuros y en continua putrefacción. Tal carroña atrajo la eclosión de un agujero negro, de los que olfateaban la tristeza y las emociones negativas, a miles de universos paralelos de distancia. Le bastó invertir la dinámica de sus giros para engullir el bulto agónico en el que se encontraba mi cuerpo. Pero lo que la criatura pasó de largo fue la cantidad de cosmos que sería necesaria para digerir los niveles de tristeza que yo representaba. Retraigo los párpados y me veo nacer en el indómito grito de

en su desesperación, se paró en seco y dejó salir un arcoíris de hipnóticas carcajadas. Después, casi por inercia, se apresuró a cubrir mi corporalidad con su incandescencia. Cada uno de sus miembros, en conjunto, formaba un aquelarre que me ofrecía como tributo para saciar la voracidad de los espectros no amados. A modo de un consuelo tortuoso, toda mi existencia fue vertida en un arrabal de trances perpendiculares, cuyo orden era una yuxtaposición desordenada a propósito, con el objeto de incidir, con cautela quirúrgica, en mi ser; hurgar en su núcleo, recitar los réquiems que Dios regurgitó en un episodio depresivo, y coserlo con el auxilio de incendios contrapuestos. Mi realidad fue aprehendida con sigilo, como una especie de rompecabezas poliédrico; suspendida y descuartizada múltiples veces. Habité con sosiego cada uno de sus tajos, donde, aquella aura metafísica orquestaba continuos y sempiternos sacrificios dimensionales en los que yo —un yo desyoizado y fragmentario—, era colgado de sus pétalos para admirar mi propia tortura. «No hay necesidad de aclarar la situación. Usted está aquí por su amplia disponibilidad para morir en mi desilusión». «Ignora que mi vacuidad es impura». «En ese caso, permítame revelarle mi desnudez». «Con su insolencia uno no puede hacer más que deprimirse». La dama-astro continuó su agitación sensorial, mientras se desplazaba en un vaivén sérico, y, a través de una oscilación lenta, similar a la apnea de las hojas otoñales, me recogía de las alturas a las que estaba sometido y se presentaba frente a mí en su manifestación más palpable. La neblina de mutismos malheridos se consumió al interponerse con su mirada. En esa breve elipsis, entre a la agonía y el aborto, aprovechó para doblar la liminalidad de mi universo psíquico, y, en una desconfiguración temporal, inició un ritual de alquimia: erigió sobre las nubes una balanza de plasma y procedió a desprender puñados de mis más escurridizas inexistencias, endeble e ingenuas; provocando leves hendiduras en aquel receptáculo abrasador. Del lado opuesto situó, con teatralidad absoluta, una conjunción de galaxias metidas en pequeñas burbujas irrompibles; latentes albergues dignos de morir en ellos, bajo unas aristas enmarañadas que bombeaban torrentes de la más cruda fantasía. Para la sorpresa de cualquiera que contemplara el espectáculo, la balanza se mantuvo fija: imperturbable; y la dama-astro, trazó con lentitud y desvergonzada jactancia, una sonrisa, que, si se le miraba de cerca, recordaba a los secretos sepultados por el estallido primero, cuando parió al universo. Como consecuencia de esto, cogió un impulso de expansión aural que elevó, hasta los orígenes del infinito, la densidad y el alcance de su resplandor; pero, aún más, elevó su contradictoria ingravidez, la que mantenía cualquier objeto cercano sujeto a su néctar. Despidió de esa sonrisa un jardín de cristales que refractaron una vieja profecía, transmitida por generaciones de inocencias interconectadas entre sí, y, que, de no ser cumplida, fracturaría el doliente desfile de las almas sin hogar ni anhelo alguno; siempre en un espiral que por más que hiciera camino terminaba por dormitar en los bordes del Cielo. Mis alternativas eran insuficientes. Tuve que acudir a la medida más inmediata: con una delgada y filuda esperanza corté por la mitad a mi trampa en forma de disco, distintiva por su ronco gimoteo y su inconstante bombear de antimateria. De esta manera, conseguí desatar un largo cuásar de hemorragia que la dama-astro volcó en un resquicio que brotó de su piel. Después, me forzó a caminar por una pendiente que me empequeñeció con cada paso y me hizo descender por su cabello, hasta desfallecer sobre su pecho. «Lo repetiré una vez más. Beba este polen y sálveme». «Yo también insisto. Hábleme de los alfileres con los que solía suicidarse». «...». Desde que me vi obligado a reunir la osadía necesaria para expropiar uno de sus alientos, dormía con menor dificultad, y despertar se sentía como entrar en un nuevo sueño, fetal y de estructura sintética. Me acostumbé a depositarme en recurrentes pesadillas. A ella no la vi en ninguna, sin embargo, podía sentir sus rayos chocar entre mis venas, corriendo y propagando sembradíos de hogueras a lo largo de mi laberinto interno —por lo general cubierto de carne y otros desechos que lo protegen del contacto con el otro—. Una vez dentro de ese onirismo, se volvió común encontrar por lo menos una carta suya, clavada en el umbral. En su interior se desplegaba una sociedad de esos cantos que bien pudo haber pro-

la supernova. De esa polución son reengendradas mis almas, una por una; conjuran un gélido cataclismo y concluyen por arrullarme, asistidas por una nana astral, hasta elidirme del plano de existencia en el que era. Por fin podré descansar, en ninguna parte; ajeno a la vida, al génesis, y, aún más, al apocalipsis. «¿Eres el fantasma que tanto hubiese amado?». «Ni en un millar de irrealidades»



# 04 LA COMUNA

## **Alejandro Zapata Espinosa**

(Itagüí, Colombia, 2002): licenciado en Literatura y Lengua Castellana (Tecnológico de Antioquia), y maestrando en Educación (Universidad Santiago de Cali). Miembro del Comité Editorial de Contacto Literario (Armenia, Colombia) y ganador del Premio al Impulso Literario Universal (FEMALPC, 2025). [Blog Archivo Cantera](#). [[Correo](#)].

## **Álvaro Lozano Gutiérrez**

Álvaro Lozano Gutiérrez nació en Bogotá, Colombia, en 1978. Realizó estudios de Filosofía en la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín. Fundador del Colectivo Literario Alebrijes y el Cineclub Zoetrope. Ganador entre otros del Concurso de Cuento Corto Latinoamericano (2017) con el relato “Esta tierra que habitamos”. Concurso Letras Diversas: *Revista Goliardica*, Medellín (2001), con la crónica “La bohemia”, finalista del Premio Nacional de Crónica Ciudad Paz (2018) y finalista del concurso nacional de Cuento la Cueva (2021). Colaborador habitual del *Taller de Formación Estudiantil Raíces* (TJER) de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas en Bogotá y el periódico *Periferia Prensa Alternativa*. Sus textos han sido publicados en varios medios impresos y digitales de Colombia y América Latina.

## **Christian Alied Morales**

Estudió la Licenciatura en Letras de la Universidad Autónoma de Zacatecas. Le gusta escribir poesía y narrativa..

## **Fabián Recendez Martínez**

Poeta y rapero de tiempo completo. Eterno buscador de la libertad.

## **Isaac Moncada**

Acariciador de perros callejeros profesional (APCP). A veces escribe. Actualmente cursa la licenciatura en Letras en la Unidad Académica de Letras de la UAZ. El ejercicio de su escritura está inspirado en las obras de Salvador Elizondo, James Joyce y François Rabelais.

## **José Jesús Rodríguez Velázquez**

-Taller de Poesía en Voz Alta, por parte de la Casa de la Cultura y las Artes, José Emilio Pacheco en Tlalnepantla. Taller de Canto en la red por parte de Coursera de la UNAM, *Perfomances* poéticos al aire libre, presentaciones de poesía en cafés literarios o en bares, etc. Programa de radio local de Facebook: *Fabulas en sol*. Tres publicaciones en revistas electrónicas. Las dos publicaciones en *Ediciones Pluma*, revista electrónica de Argentina, y otra publicación en revista cotidiana de España. Dos libros autopublicados en Amazon Kindle *Extinciones de las Humanidades*: novela, y el *Martillo Filósofico* en el Ultramundo Aztlán Oikisai.

### **Mario Tbl**

Es de Ciudad de México, escribe reseñas en letterboxd y escapa de la realidad, según su descripción

### **Pabla del cerro**

Encuentra inspiración en variados movimientos poéticos como los “Poetas Malditos” del siglo XIX, la generación “Beat”, “la generación del 27” “Boom latinoamericano”, entre otros.

Sin duda, uno de los aspectos más importantes de su obra es el amplio conocimiento de la cultura, la cosmogonía y la lírica prehispánica.

Sus poesías nos llevan rumbo a un viaje histórico-psicodélico, donde la metáfora danza entre las líneas de los versos. Su vida, sus opiniones y sin duda, sus sentimientos, se pintan junto a la tinta con la que se expresa.

### **@Narciss**

Se pierde en lo que es, y lo que será lo desconoce. Lo único certero es que hoy dejará que las palabras fluyan para entender, para sentir y gritar lo que su voz no le permite.

### **Quiwi**

Reyna Ruth Gaytán Dávila, 'Quiwi', egresadx de Letras por la Universidad Autónoma de Zacatecas (UAZ), es una experiencia que se vive desde las fronteras del género y una multiplicidad de nombres.

Roleplayer de tiempo completo, lectora e investigadora de las literaturas digitales y los fenómenos de las comunidades de fans en internet, está interesadx tanto en literatura latinoamericana como en el anime, el manga, el fanfiction y últimamente la literatura china *queer*. Ha participado en la creación colectiva de universos narrativos transmediales en redes sociales y escrito *fanfiction* en plataformas digitales como Ao3.

### **Persefone**

Persefone es una figura que se subvierte en el arte contemporáneo, conocido por su enfoque multidisciplinario y su capacidad para fusionar diversas formas de expresión artística.

Persefone descubrió su pasión por el arte desde una edad madura y ha continuado explorando y expandiendo su práctica a lo largo de los años.

Su obra es un testimonio de su habilidad para trascender las fronteras artísticas convencionales. A lo largo de su carrera, ha trabajado en una amplia gama de medios, incluyendo la pintura, la escritura, la instalación, la *performance* y la fotografía. Lo que distingue a Persefone es su capacidad para unir estas disciplinas de manera cohesiva y provocativa, creando obras que desafían las expectativas y evocan una profunda reflexión.

La temática de su trabajo es igualmente diversa, abordando cuestiones que van desde la identidad cultural hasta la naturaleza efímera de la existencia humana. Su enfoque multidisciplinario le permite explorar estas cuestiones desde múltiples perspectivas, utilizando la forma y el medio que mejor se adapten a su visión artística en un momento dado.

### **Sara Cecilia Andrade Becerra**

Escritora zacatecana. Licenciada en Letras y Maestra en Investigación Humanística y Educativa con salida en Literatura Hispanoamericana por la Universidad Autónoma de Zacatecas. Actualmente estudia el Doctorado en Cultura Escrita y Comunicación.

En 2018 publicó su primer libro de cuentos, *Orquídea de supermercado*, con la editorial Texere, luego de haber sido beneficiaria en dos ocasiones del Programa de Estímulo a la Creación y al Desarrollo Artístico (PECDA). También es autora de *Elogio de la escalera*, publicado en 2025 por la editorial Taberna Libraria. Sus textos han aparecido en publicaciones como la revista Punto de Partida de la UNAM, *Los Testigos de Madigan* y *Redoma*, así como en su **blog personal** . Actualmente mantiene la columna semanal "Manícula" en el periódico zacatecano Puntos Suspensivos y escribe de manera constante y obsesiva fanfiction de su obsesión del momento.

### **Irina Tall (Novikova)**

Es artista gráfica e ilustradora. Se licenció en arte en la Academia Estatal de Culturas Eslavas y también tiene una licenciatura en diseño. La primera exposición personal "Mi alma es como un halcón salvaje" (2002) se celebró en el museo Maxim Bagdanovich. En sus obras plantea temas de ecología, en 2005 dedicó una serie de obras al desastre de Chernobyl y se basa en temas contra la guerra. La primera gran serie que dibujó fue *El Libro Rojo*, dedicada a especies de animales y aves raras y en peligro de extinción. Escribe cuentos de hadas y poemas, ilustra cuentos. Dibuja varias criaturas fantásticas: unicornios, animales con rostro humano, le gusta especialmente la imagen de un hombre, un pájaro, una sirena. En 2020 participó en la Semana del Arte de Poznań. Su trabajo ha sido publicado en revistas: Gupsophila, Harpy Hybrid Review, Little Literary Living Room y otras.

A decorative graphic featuring a horizontal bar with a teal-to-yellow gradient. Four circular elements, also with a teal-to-yellow gradient, are positioned at the corners: top-left, top-right, bottom-left, and bottom-right.

**ESTO HA SIDO TODO POR EL PRESENTE NÚMERO, NOS  
VEMOS EN EL SIGUIENTE PARA MÁS LITERATURA.**

[. . .]